



LEPANTO

Hace cuatro siglos el Rosario venció al Islam. Hoy puede vencer al comunismo e instaurar el Estado Católico.

SAN PACOMIO

El reflorecimiento de las órdenes religiosas sólo se logrará si se sigue el ejemplo de los grandes Fundadores.

MISA DE SAN PIO V

El Cardenal Prefecto Emérito de la Congregación de la Doctrina de la Fe alienta el uso del Ordo Missae codificado por San Pío V.

MATEMÁTICA MODERNA

Un científico muestra la utilización subversiva y disolvente de una enseñanza, inútil en la práctica, ya desde el ciclo primario.

ROMA

R O M A

CONSEJO PATROCINADOR

PRESIDENTE: EXCMO. Y RVMO. MONS. ALFONSO M. BUTELER
Arzobispo de Mendoza

MONS. JULIÁN AGÜERO, CARLOS JOSÉ CABALLERO,
JUAN ALFREDO CASAUBON, BUENAVENTURA CAVIGLIA CÁMPORA,
GERMÁN R. DEL CAMPO DE LEÓN, GUILLERMO GALLARDO,
J. JERÓNIMO GARRIDO, M. ROBERTO GOROSTIAGA,
PEDRO BENEDICTO GUTIÉRREZ, MONS. ENRIQUE LAVAGNINO,
CLODOMIRO LEDESMA, JORGE LETEMENDIA,
PBRO. MANUEL QUINTÁS, JOSÉ MARÍA RACEDO,
GUSTAVO SARRÍA, AURELIO TERRA AROCENA,
FRANCISCO J. VOCOS.

DIRECTOR

ANDRÉS DE ASBOTH

Los artículos firmados no necesariamente reflejan la opinión de la dirección de la revista y son de responsabilidad del firmante.

No se devuelven los originales ni se mantendrá correspondencia sobre los artículos enviados.

Con censura eclesiástica.

ROMA

AÑO V — Nº 22 — BUENOS AIRES — VERANO 1971-72

SIEMPRE OBEDECER

En estos tiempos de confusión que corren se ha visto que uno de los principios fundamentales del orden cristiano que ha sido más despreciado es la virtud de la obediencia. En todos los campos: eclesiástico, civil, educacional, ella es despreciada, mientras que se exalta la independencia de criterio, la "contestación" y la liberación de toda servidumbre. En el fondo todas estas manifestaciones tienen un denominador común, el pecado de Satán: el orgullo.

Frente a este cuadro, muchos de los buenos cristianos, deseosos de seguir fieles a los mandatos de la Iglesia, con evidente buena voluntad pero con menos buen criterio, han adoptado la postura de obedecer, sin discutir ni analizar, a todo el vendaval de cambios que ha invadido a las iglesias y a toda la vida cristiana, siempre que venga avalado por una aparente orden o, tan solo, de *autorización*, del Vaticano, del ordinario del lugar, a veces, hasta del párroco, o sea simplemente un *consejo*.

Asimismo esta buena gente se asemeja a los progresistas al citar continuamente el Concilio Vaticano II, dejando de lado casi totalmente los documentos anteriores de la Iglesia, y últimamente se ha puesto a criticar a los católicos que no siguen esa práctica, especialmente a los que muestran su veneración y preferencia por el *Ordo Missae* codificado por el Papa San Pío V.

En esta situación, en que no sólo hay malentendidos entre los católicos y los progresistas, cosa enteramente natural, pues ¿qué amistad o alianza puede haber entre los que siguen la religión de Nuestro Señor Jesucristo y los que tratan de demolerla?, sino entre los mismos católicos fieles a la Sede de Pedro, ¿cuál es la posición que hemos de tomar? La descrita en los párrafos anteriores no parece inspirada por el Espíritu Santo, ya que su resultado es que gentes evidentemente piadosas consenten, avalan y prestigian la autodemolición de la liturgia, la vida espiritual, el orden social cristiano y las mismas vir-

tudes naturales. El sustituir el "sentire cum Ecclesia" con el "sentire cum Concilio" no parece haber tenido felices resultados.

Entonces, preguntará el lector, ¿el buen cristiano debe convertirse en un censor del Romano Pontífice, de los obispos, rechazar la totalidad del Concilio Vaticano II y aferrarse a las tradiciones que, según su personal criterio, lo santifican?

No, nada de eso, **EL CATOLICO DEBE SIEMPRE OBEDECER**. Sólo que debe obedecer como quiere la Iglesia y hasta donde quiere la Iglesia. Debe amar lo que la Iglesia ama, y rechazar lo que la Iglesia rechaza.

La Iglesia Católica ha sido fundada por el mismo Dios cuando estuvo en la tierra y no durante el Concilio Vaticano II. Esta Iglesia tiene una tradición de dos mil años que no cambia. Tiene dogmas definidos por los Romanos Pontífices, infalibles cuando hablan "ex cátedra" y también por Concilios anteriores al Vaticano II que pronunciaron definiciones infalibles. Por otra parte, hay documentos del magisterio ordinario del Sumo Pontífice, como encíclicas, bulas, constituciones apostólicas, que son infalibles siempre que propongan una doctrina que haya sido enseñada ininterrumpidamente por varios Papas durante largo tiempo.

En cuanto al Concilio Vaticano II, el mismo Pontífice que lo clausuró, manifestó que esta augusta Asamblea no ha querido comprometer la infalibilidad de la Iglesia. Y tanto no hay que exagerar la importancia del último Concilio que el Emmo. Cardenal Felici, que fue secretario general del mismo, manifestó que la sola profesión de fe de Pablo VI, desde el punto de vista dogmático, es más importante que todo el Concilio¹.

El católico obediente, en consecuencia, debe tener mucho cuidado, pues el que exagera una norma eclesiástica y le da mayor valor que a una que la Iglesia ha puesto como superior, no obedece sino **DES-OBEDECE** a la doctrina católica. Este es el caso, por ejemplo, del Estado español, que por una pretendida interpretación de la declaración conciliar sobre la libertad religiosa², en contra de lo prescripto por la doctrina católica, suprime la unidad católica de España, aunque el Nuncio de Su Santidad no proteste por la violación del Concordato, y quizás muchos funcionarios vaticanos expresen su satisfacción al embajador del Caudillo.

Naturalmente de lo expuesto no se puede sacar la conclusión que sólo se deben acatar los dogmas y considerar lo que propone el magis-

¹ Cf. S. E. R. Mons. Marcel Lefebvre, Arzobispo tit. de Synnada en Frigia, "Después del Concilio; la Iglesia ante la crisis moral contemporánea", conferencia pronunciada ante la Unión de Intelectuales Independientes, de París, publicada por el boletín C.I.C.E.S., 51, rue de la Pompe, Paris XVI.

² Por otra parte creemos que se trata de una falsa interpretación del documento conciliar, ya que la misma dice que "deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca de la obligación moral de los hombres y de las sociedades para con la religión verdadera e Iglesia única de Cristo."

terio ordinario como piadoso consejo. No, como lo enseña Pío XII³, el magisterio ordinario obliga en conciencia y debe ser obedecido. Mas, si con apariencia de magisterio se propusiera algo que estuviera en contradicción con el magisterio infalible, esa proposición no pertenece al magisterio y debe ser detestada. Asimismo, creemos, que una disposición eclesiástica debe ser interpretada de conformidad con lo que siempre enseñó la Iglesia, ya que lo contrario sería hacer un agravio a la autoridad que lo dictó, suponiendo que se ha puesto en rebeldía.

En consecuencia, si una disposición o enseñanza episcopal, y aún conciliar o pontificia, sin carácter infalible, estuviera en oposición a lo que la Iglesia Católica, asistida por el Espíritu Santo, enseña y nos manda obedecer, no la debemos acatar sino desconocer y detestar, sin que esto signifique que nos pongamos en rebeldía contra esta misma sagrada autoridad, a la que amamos, veneramos y obedecemos, por venir de Dios Nuestro Señor.

El caso más célebre en la historia de lo que acabamos de comentar es el del Papa Honorio I, que fomentó la herejía, por lo que fue condenado después de muerto, por el Papa San León II y el III Concilio Ecuménico de Constantinopla. Mas, si la Iglesia condenó la postura del Papa Honorio, tal postura debió ser pecado, y también debió ser pecado la posición de los que aprobaron tal postura, hayan sido patriarcas, obispos o fieles.

En momentos normales de la vida católica⁴, por ejemplo en el período comprendido entre los pontificados de Gregorio XVI y Pío XII, estas líneas no tendrían razón de ser. Pero en momentos en que episcopados enteros se han atrevido a alzarse contra el Romano Pontífice, en una cuestión tan fundamental como cuando éste tomó la defensa de la vida humana, cuando se promueve desde cátedras sagradas, incluso episcopales o cardenales⁵ la bolchevización de naciones enteras, hay que tener los ojos bien abiertos, para que, bajo el pretexto de obedecer a la Jerarquía, no SE DESOBEDEZCA A LA IGLESIA.

³ Cf. Encíclica Humani Generis. Se ha publicado el texto íntegro de este documento en el n° 11 de ROMA.

⁴ De la situación anormal del catolicismo nos da cuenta continuamente Pablo VI en sus alocuciones.

⁵ Nos referimos al Cardenal Arzobispo de Santiago de Chile, quien últimamente acudió a recibir a Fidel Castro al aeropuerto, además de haber cometido otros valiosos actos de colaboración con el comunismo, algunos de los cuales se señalan en el editorial del n° 18 de ROMA: "Chile comunista".

¿CONSIGNA DE SILENCIO?

La densa confusión que vivimos viene planteando, entre otros graves problemas, el de la generalización del pecado de omisión. Comete este pecado aquel que debiendo hablar guarda silencio. Cuando al Pueblo de Dios se lo viene arreando por sendas llenas de tropiezos para su fe religiosa y para su vida moral, urge el deber de advertirle y marcarle la recta vía. Y hay quienes tienen el gravísimo deber de hablar en tales circunstancias. Son aquellos varones a quienes Dios puso para enseñar, santificar y gobernar a sus hijos.

Acontece hoy algo muy singular. El error en delicadísimas materias religiosas se difunde aun desde cátedras católicas, sin que el pueblo fiel oiga una palabra que afirme la verdad impugnada o maliciosamente soslayada. Pareciera que la consigna del silencio hubiera sido impuesta con fuerza de ley. Pero el Pueblo de Dios conoce otra consigna muy diferente. Es aquella de Pablo en la Segunda a Timoteo: "Predica la verdad con insistencia, **oportune et importune**". De aquí, de estas dos consignas tan contrarias, la estupefacción y el escándalo de los fieles. El pobre pueblo indefenso recibe andanadas de audacias en lo moral y en lo teológico y acaba por ceder y entregarse a las turbias olas de toda suerte de novedades en costumbres y en creencias.

Así tenemos cumplido el plan diabólico de destruir a la Iglesia, puesto que ni su teología ni su moral tiene ya vigencia. Tal es el fruto del silencio culpable, es decir del gran pecado de omisión a que han sido arrastrados por el pesimismo aquellos que tenían la misión de hablar. Han olvidado que un deber nunca se cumple inútilmente. Han dudado de la eficacia de la gracia de estado y han cerrado sus labios en el momento más crítico de la lucha. Enmudecieron echando sobre sus cabezas el dicterio de Isaías, 56, 10: "**Canes muti nescientes latrare**". Nunca se debe pensar que la mayor o menor gravedad de nuestro deber haya de medirse según la mayor o menor probabilidad de éxito en su cumplimiento. Por este camino se llega al exitismo vergonzoso. El que está obligado a enseñar la verdad debe hacerlo aun cuando prevea que no ha de ser escuchado. Renunciar al cumplimiento de un deber es pecado de omisión. Y si el deber es grave el pecado también lo es.

El pesimismo es una enfermedad que paraliza al que tiene la misión de hacer lo que por vocación le incumbe. Enfermedad que

hoy ha adquirido caracteres alarmantes, dejando que el Pueblo de Dios marche a la deriva de la piedad y las costumbres inspiradas en los inalterables dogmas que sus viejos Pastores con insistente celo le enseñaron. Se torna urgente la reacción sino se quiere cargar con la tremenda responsabilidad de colaborar, mediante la omisión, a la pretensión de demoler la Iglesia desde dentro. Todo buen católico sabe que la Iglesia es indestructible porque su Fundador, Jesucristo, ha asegurado su conservación hasta el fin de los tiempos. Pero también sabemos que en esa tarea ha querido asignar a ciertos hombres un puesto de honor que exige sacrificios. A ese grupo de hombres han pertenecido los grandes Pontífices que no trepidaron afrontar la muerte en defensa de la pureza de la fe y de las costumbres en el pueblo a ellos encomendado. Ellos supieron ajustar su conducta al título con que los calificó el Maestro: "**Lux mundi**". Nuestro pueblo clama por esa luz. Roguemos para que Dios encienda de nuevo las antorchas que deben iluminar los caminos de sus hijos.

† ALFONSO M. BUTELER
Arzobispo de Mendoza

Mendoza, noviembre de 1971.

UN FARAÓN EN LA IGLESIA: SAN PACOMIO

No es raro en nuestros días oír hablar de renovación de la vida religiosa. Existe una generosa literatura que recoge lo tratado en congresos y reuniones promovidos por la Confederación Latinoamericana de Religiosos. En lenguaje muchas veces desconcertante, peritos y prelados hablan de renovación, cambio, sociedad de consumo, promoción humana, mientras ven sus conventos despoblados, sus carpetas atiborradas con pedidos de reducción al estado laical, sus noviciados por cerrarse, sus jóvenes estudiantes enardecidos por realizar a tiros la reforma social, hasta que... en el mejor de los casos, piden la dispensa de los votos y se van a sus casas.

Una renovación que empuja y precipita a la secularización, no es renovación sino destrucción. Hoy en día, todas las pautas de renovación propuestas, han venido a dar en la secularización.

Debemos pensar de nuevo la vida religiosa, viendo lo que fue en los orígenes. Podremos renovarla viendo lo que le dio esplendor y grandeza. Si la vamos a adaptar al mundo, los criterios de adaptación no pueden ser tales que la estrangulen. Yo tengo que dar de comer al hambriento, como dicen las obras de misericordia, pero no darle un veneno que lo mate.

Es por estas condiciones de la vida actual, con todo lo que tiene de mentira y de verdad, que debemos poner de relieve las primeras legislaciones sobre vida religiosa. El monje copto San Pacomio (292-346) fue el primero, que próximo a las fuentes evangélicas, pensó en dar a los hombres un estatuto para seguir los pasos de Jesucristo. Dicho estatuto fue recibido por la Iglesia, en todo el curso de su vida; adaptándolo, modificándolo según los tiempos y lugares, pero siempre fundamentalmente el mismo. Siguen las Reglas de San Basilio, San Benito, San Agustín, que piensan el Evangelio, meditan las costumbres y tradiciones de la primitiva Iglesia, para llevar todo esto a la vida de los hombres que buscan consagrarse a Dios.

Estas Reglas no tienen solamente una importancia histórica. Inmediatamente ligados a la tradición primitiva, reflejan lo que la misma Iglesia quiere en los estados de perfección. Los elementos esenciales, invariables, no sujetos al cambio. Es importante esta primitiva legislación religiosa, cuando la vida consagrada a Dios se ve solicitada para consagrarse al mundo, a un mundo autónomo, secularista y sin Dios.

San Pacomio es el primerio que da forma institucional a la pobreza, castidad, obediencia, silencio, recogimiento, oración, como cosas esenciales. Cosas esenciales que han venido quebrantándose, aquí y allá, desde el Humanismo, por el incremento del confort, las comodidades, exigencias de la vida moderna, etcétera. El demonio ha venido ganando terreno y ahora asienta los golpes que se promete como definitivos.

Dada la crisis de la vida religiosa, que es la misma crisis de la Iglesia prolongada en los claustros, queremos y debemos volver la mirada a sus orígenes cuando la vida consagrada al Señor toma la leche y la miel, la caridad y la sabiduría de la Iglesia primitiva, de la tradición apostólica.

El Legislador

El Nilo es toda la vida de Egipto, y lo fue desde el tiempo de los faraones. A sus márgenes se edificaron ciudades, crecieron los sembrados, despierta la vida dormida más allá en las arenas ardientes del desierto. Arqueólogos y estudiosos han descubierto toda una poderosa civilización formada a las orillas del Nilo.

Nace allí Pacomio, hijo de padres paganos, en la región de Latópolis. Los paganos no eran irreligiosos. Los padres de Pacomio llevaban a su hijito al templo a sacrificar a los dioses del río. Algunas leyendas matizan la infancia de Pacomio: una vez fue echado del templo por el sacerdote como enemigo de los dioses. Otra vez vomita las libaciones que le dieron a beber.

A los veinte años el joven Pacomio es llevado al servicio militar, y es allí que se pone en contacto con los cristianos. Es allí en Tebas, al trabar relación personal con los cristianos, que pide ser instruido y bautizado, para seguir a Cristo el Hijo de Dios.

Después del triunfo de Constantino, los soldados son licenciados y ya tenemos al copto Pacomio como cristiano, como se entendía ser cristiano en aquel tiempo: un hombre que recoge la herencia de los Apóstoles y deja todas las cosas para seguir a Jesucristo.

“*La Vida griega*”, traducida en noble galo por el Padre Festugiere O. P., trasunta esta realidad ambiental. El martirio de la Iglesia primitiva florece en la soledad. Cunde el deseo de dejar el mundo y alejarse a los lugares solitarios para llevar una vida dedicada a Jesucristo. El Evangelio marca una separación: una cosa es el mundo, otra la Iglesia unida a Jesucristo. Debía quedar bien marcada en la historia de los hombres aquella separación. Hay algo irreductible y que materializan las vidas de los Padres del Desierto.

El llamado del Espíritu de Dios llenó los desiertos del Egipto y del Oriente. A este impulso obedece también Pacomio, el neófito cristiano vuelto a su casa después de la milicia. Encamínase al desierto y va como otros tantos a buscar un maestro que le iniciara en la vida según Dios.

La vida evangélica recién comenzada, se realiza en ermitas aisladas, por personas individuales. Eran anacoretas. Pacomio va en busca del anacoreta Palamón. Palamón, viejo anacoreta, no parece haber sido un dechado de amabilidad; quiso echarlo, diciéndole que no podría soportar aquello. Pacomio insistió en su demanda y pronto —dice la historia—, Palamón quedó admirado de la mansedumbre y paciencia de Pacomio.

Este es el período de aprendizaje que tiene Pacomio hasta la muerte de Palamón. Fue su noviciado. Allí aprende la lectura de la Escritura, la práctica de las virtudes cristianas al lado de su maestro. Después, con su hermano Juan, se radicará en Tabennesis.

En Tabennesis echará los cimientos del primer monasterio (a. 315-320).

La Vida nos presenta a Pacomio, aun discípulo de Palamón, llegando a aquel inhóspito lugar. Puesto en oración, oye una voz que le dice:

“Permanece aquí y construye un monasterio; muchos acudirán a ti para ser monjes”.

En otro contexto el Angel le dice:

“La voluntad de Dios es que tú sirvas a la raza de los hombres, para reconciliarlos con Él”.

Vuelve Pacomio a Palamón y el anciano le asegura que aquella fue la voz de Dios. Pasaron los días, hasta la muerte del anciano, quedando Pacomio solo en compañía de su hermano Juan. La Vida dice que desde los días en que fue llamado a prestar servicio en el ejército no se habían visto más. Juan, habiendo escogido el mismo género de vida, se quedó con él.

Vivían ambos en una extrema pobreza. De lo que ganaban de su trabajo, daban a los pobres lo que les quedaba de los gastos del día. Pobres en el vestir, no poseían más que una túnica, sin poderla cambiar por otra. Pacomio tenía una especie de chaleco de cerda para la mortificación de la carne. Para descansar tenía un banco en la celda para dormir sentado sin apoyar el dorso a la pared.

Según la promesa hecha al Señor ambos hermanos comenzaron a construir un Eremitorio más grande para recibir a aquellos que querían venir a este género de vida.

Cuando ya la construcción estaba en condiciones de recibir gente, acuden a él los primeros novicios. Pacomio recuerda el mandato divino. El debe acogerlos e inducirlos por el camino de la perfección. Para esto Pacomio ha dispuesto el edificio material y es ya mejor arquitecto del edificio espiritual. La razón de ser del cenobio o monasterio, será adquirir las Bienaventuranzas. La Vida nos dice que Pacomio prestaba gran atención a las Bienaventuranzas y en especial a la pureza del corazón¹. No en vano había leído en la Escritura que el temor de Dios es el comienzo de la sabiduría. Imbuido del temor de

¹ Op. cit., pág. 167, F.

Dios, o sea puesto en la presencia de Dios, medita sin cesar el tema del Juicio. Su corazón era como una fortaleza inexpugnable, sólidamente defendida contra los asaltos de los enemigos.

No es ésta una frase más. Esta lucha la encontramos como experiencia en la vida de los santos. El cristiano común, mundano, no tiene esta experiencia de lucha; no lucha porque es tibio, se ha entregado ya al demonio, no ofrece resistencia alguna. Sin embargo es una experiencia en Pacomio, como será después en Nuestro Padre Santo Domingo, en Tomás de Kempis, en Teresa de Jesús. Todos los santos la han experimentado vivamente.

A medida que recibe nuevos novicios, el fundador se preocupa de todo lo concerniente a su monasterio: portería, celdas, trabajo, oración, refectorio, régimen interno, relaciones de los monjes entre sí, etc. Pronto esto fue creciendo, y entonces hubo de pensar en la división del trabajo, horarios, coordinación de actividades comunes y particulares.

Por indicación de Serapión, obispo de Tentyra, Pacomio construye una iglesia para los pastores de los alrededores, que eran en gran número. Ellos se reunirían los domingos y sábados para oír la palabra de Dios y hacer los actos de culto.

Pacomio no era sacerdote. Una vez que el santo arzobispo de Alejandría, san Atanasio, remontó el Nilo para visitar las iglesias de la Tebaida Superior, llegó hasta el lugar de Tabennesis. Pacomio, con sus monjes, que conocían las luchas del santo arzobispo contra el arrianismo, salieron a recibirle alborozados cantando loas al Señor. El obispo de Tentyra ya había indicado a Atanasio que tenía en su territorio un padre de monjes y hombres de Dios y que debía ordenarlo de sacerdote. Pacomio vio en San Atanasio el santo servidor de Dios, admirándose de sus rudos combates por la fe ortodoxa y la causa del Evangelio.

El cenobitismo creció rápidamente. Otros monasterios se levantaron, en total "siete monasterios de hombres, que Teodoro elevó al número de diez", según leemos en los Bolandistas².

Los monasterios pacomianos formaban una verdadera confederación bajo el gobierno del mismo Pacomio, que era el Abad. Fuera de eso cada monasterio tenía su propio superior, quien era el padre o prior del mismo. Este superior tenía un subprior y diversos colaboradores, oficiales que atendían las diversas dependencias del monasterio: iglesia, despensa, refectorio, portería, trabajos del campo, etc.

Cada monasterio estaba dividido en casas de treinta o cuarenta miembros. Tres o cuatro casas formaban una tribu. El número total de monjes, años después de la muerte de Pacomio era de siete mil monjes. Algunos contaban doscientos o trescientos miembros. En Panópolis —dice Paladio— donde moraban trescientos, vi quince sas-

² Acta Sanctorum, tomo III, pág. 293.

tres, siete herreros, cuatro carpinteros, doce camelleros, quince bataneros. Conocen —agrega— todas las profesiones y oficios³.

Toda aquella multitud de hombres tenían una vida organizada según Dios; observaban un reglamento al que obedecían. Oigamos a Juan Casiano:

“En todo el Egipto y la Tebaida donde los monasterios no son reglamentados según la fantasía de cada uno, vemos que se guarda una medida determinada en la plegaria, tanto en las reuniones de la tarde como en las vigilias de la noche. Nadie está autorizado para ponerse a la cabeza de un grupo y dirigirlo, ni aun para dirigirse a sí mismo. Antes bien, debe desembarazarse de todos sus bienes, y aprender que no tiene más dominio sobre sí mismo”⁴.

La Regla pacomiana establece el trato de los hermanos entre sí, hasta los detalles que vedan una familiaridad excesiva: la manera de dormir, la comida en el refectorio, el régimen de los enfermos y ancianos, el trabajo en el campo y en el monasterio, clausura, visitas, etc., etc. Pacomio fue un sabio legislador, un verdadero gobernante, un Faraón en la Iglesia.

Abbas - Pater

El monasterio pacomiano es una concepción absolutamente distinta del anacoreta. Este es un solitario. Un hombre que dispone de su tiempo, se prescribe a sí mismo ciertas prácticas, distribuye sus trabajos, elige para sí las prácticas ascéticas, la oración, el recitado de la salmodia, todo depende de su voluntad. En cambio, el cenobita encuentra todo reglamentado en el monasterio. Él entra en una colmena donde es una abeja más, que debe trabajar para el común, sujeto a un estatuto fijo.

El atractivo de la soledad había llevado a muchos a la vida eremítica. “Mientras fueron pocos los que moraban en el yermo, gozamos de plena libertad para vivir a placer en sus vastas soledades”. Así habla el abad Juan⁵. Agrega después las desventajas, que va a comparar con la vida cenobítica:

“Aquí en el monasterio no hay necesidad de prever el trabajo cotidiano; ninguna preocupación de venta o compra; nada de ese ineludible menester de procurarse el pan para todo el año, ni esa sombra fatídica de mirar por las cosas materiales para atender las propias necesidades o a los numerosos visitantes”.

Prosigue el abad Juan la apología de la vida cenobítica, o sea la vida religiosa llevada en común, confrontándola con la vida solitaria. La soledad, la excesiva soledad, no el retiro parcial, tiene sus graves inconvenientes. El anfitrión de Germán y Casiano menciona el pe-

³ Historia Lausiaca, pág. 158. Ed. León E. Sansegundo Valls. Madrid, 1970.

⁴ Instituciones, 1, 2, c. 2.

⁵ Colaciones XIX, pág. 262-3. Rialp. Madrid, 1962.

ligro de vanagloria. Pero el peligro de vanagloria sería cuando todo va viento en popa: "su objetivo es precipitarnos por la vanidad que engendran nuestros éxitos"⁶.

Pero no siempre llegará el momento de la vanagloria. Antes han llegado la pereza, el tedio, el hacerse un marco de comodidades, cosas todas que malogran todo intento de vida religiosa, consagrada al Señor.

Es, por otra parte explicable, que el trabajo para la manutención sea un impedimento para la vida solitaria. Naturalmente el hombre tiende al trabajo, y recoger el fruto de su trabajo. Dificilmente puede, estando solo, trabajar y no usufructuar de aquel mismo trabajo.

En la vida conventual o cenobítica, el hombre ya sabe de antemano que no va a usufructuar personalmente a voluntad del fruto de su trabajo. Debe trabajar para la comunidad y de la comunidad recibe lo necesario para la vida.

En la vida cenobítica hay un ofrecimiento de la propia voluntad inherente a la profesión religiosa. La voluntad se ofrece a Cristo y se trabaja por Cristo, ofreciendo al Señor la acción con todos los malentendidos y dificultades que pudieran acaecer.

Pacomio —dice la Vida— enseñaba a sus hermanos todo lo relativo a su estado de religiosos. Enseñábaseles a conocer la malicia de los demonios, y a resistirles con la potencia del Señor: "Es en Dios donde tenemos nuestra fortaleza"⁷.

Esta enseñanza no era solamente moral sino dogmática; versaba sobre los grandes misterios de la Fe, controvertidos en ese tiempo por la herejía arriana.

Dios el Verbo se hizo hombre. Para probarlo, decía él, bastan en el Antiguo Testamento las palabras de Isaías:

"Vengo para congregar todas las naciones y lenguas; vendrán y verán mi gloria, y pondré en ellos mi señal"⁸. Y en el Evangelio: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"⁹.

Igualmente insiste Pacomio sobre el misterio de la cruz y la resurrección del Señor.

El Señor muere para resucitar y para resucitarnos. Testigo fiel es Tomás cuando toca la carne crucificada y resucitada. Él es un testigo fiel, en cuanto a la resurrección del Señor y la nuestra.

Así como la encarnación del Verbo alimenta nuestra fe, Pacomio enarbola la resurrección de los muertos para fuerza de nuestra esperanza. El anticipo de la resurrección escatológica es la resurrección espiritual. Aquél que cree en Mí —decía Pacomio a los suyos— aun si él muere, vivirá, pues es verdadera la palabra del Señor:

"Todo pecador que cree y cumple los mandamientos de Dios, vi-

⁶ Casiano Instituciones, 391.

⁷ S. 59, 14.

⁸ Is., 66, 18-19.

⁹ Juan, 1, 14.

virá; el Señor nos hace ver a los creyentes, para que como ciegos no vayamos a caer en un pozo mortal¹⁰.

Así —dice la Vida— nuestro padre Pacomio enseñaba; después de estas palabras se levanta y encarga a sus hermanos recordar siempre las palabras de vida del Señor. Cada uno de ellos, retirado en su celda, recitaba los textos bíblicos aprendidos de memoria. Después de haber terminado las oraciones, todos los hermanos (de cada casa), se sentaban a recordarse y conversar de lo que habían escuchado; no tenían conversaciones ociosas, aclara el autor. Hablaban de doctrina, o exégesis de alguna sentencia especial.

El Monasterio, como dijimos, era casi una ciudad y estaba dividido en casas especiales (domus), donde vivían en grupos más reducidos. Ninguno podía salir de la casa sin permiso de aquellos que tenían la vigilancia de la misma. Tampoco podían visitar a un hermano en la celda. Las reuniones tenían por objeto o concretar el trabajo o bien fijar conceptos sobre los contextos bíblicos relativos a la vida espiritual.

Cada Casa tenía su ecónomo, que llevaba cuentas de todo. Las ropas, en cada casa estaban en una celda común, cerrada con llave; los libros estaban también bajo el encargo de dos oficiales. Los hermanos no tenían dinero. Una vez entrados al monasterio, despojábanse de todo, dando sus cosas al ecónomo; si volvía a su casa las recogía de nuevo y se iba con ellas.

Un monje pidió a San Pacomio que le contara algo de sus visiones. Después de haberse excusado con amabilidad, Pacomio le dijo: Si tú ves un hombre puro y humilde, es una gran visión. Ver el Dios invisible en un hombre visible, templo de Dios, es una gran visión. El monje se retiró aprendiendo una sólida lección de espiritualidad. La vida de piedad no se alimenta de visiones y revelaciones sino de la fe, la esperanza y la caridad. Esta lección de prudencia debió quedar entre los monjes hasta pasar a la Vida, de donde tomamos estos datos del fundador de la vida religiosa.

No vamos a extendernos en las anécdotas que han quedado de su vida. Las hay muy hermosas y significativas que enseñan el tacto y prudencia del gobernante, la santidad de su vida, ejemplo de todos. Para los tiempos actuales, pondremos de relieve su amor por la fe ortodoxa, como encarnado en el afecto y veneración por su gran obispo Atanasio de Alejandría. La Vida que seguimos, menciona el odio contra Orígenes, que había sido expulsado de la Iglesia por Heraclas, Arzobispo de Alejandría, antes que Arrio, y porque Orígenes había mezclado con la Sagrada Escritura, proposiciones de los paganos. Pacomio manda severamente a los hermanos no tener la audacia de leer sus escritos y ni aun prestar oídos a nada de lo que hubiera dicho¹¹.

Es de notar el celo por la ortodoxia católica, valorada muy por

¹⁰ 1 Juan, 11, 25.

¹¹ Op. cit., pág. 175.

encima de lo que hacemos ahora. Hoy en día descansamos en un nihilismo intelectual y moral; la fe, falsamente ecuménica y pluralista que profesamos, no tiene ningún interés por saber en qué cree o en qué no cree. La fe en Cristo es una fe nominal, una revelación sin contenido o con un contenido borroso y desdibujado. Mencionamos con esto, un fenómeno desde hace aproximadamente diez años. Razón de más para consignar la fe de San Pacomio.

Esta fe hacía ver a Pacomio el valor de los mínimos preceptos en la presencia de Dios. La misma actitud que encontramos después en los santos, aun en nuestro siglo. La ley del silencio era verdaderamente sagrada; hoy, los “evolucionados” la menospreciamos. Para enseñar la ley del silencio, Pacomio saca un argumento bíblico: al rodear Josué la ciudad de Jericó, manda al pueblo que por seis días permanezca en silencio:

“No clamaréis, ni se oirá vuestra voz, ni palabra salga de vuestra boca”¹².

Al séptimo día recién vino la orden de hablar y vociferar, cuando el Señor les entregó la ciudad.

El ejemplo es traído por Pacomio a los hermanos que charlaban en la panadería, en horas de silencio. Estos hermanos —comentó Pacomio— estiman que estos preceptos son puramente humanos. Pero aunque el precepto sea sobre una cosa mínima, es importante¹³.

Conclusión

Hemos querido poner de relieve la figura del primer legislador y fundador de la vida religiosa. No es por decir algo nuevo, ni agregar ninguna nota de erudición. Nos hemos valido sobre todo del trabajo del P. Festugiere O.P., *la premiere vie grecque de Saint Pachome* (1965), con una copiosa introducción crítica. En *Patrología Migne* también figura una versión de la Vida en latín, entre las obras de San Jerónimo. En las Instituciones de Casiano, en las modernas antologías sobre monaquismo siempre vienen trozos sobre San Pacomio. Todo esto ha venido a servir a nuestro intento. En medio de la marea secularista, sociológica, pluralista que nos rodea, debemos salvar la vida religiosa, poner de relieve los postulados que hacen y las figuras que han realizado la unión con Dios.

La unión con Dios por la gracia y las virtudes cristianas, es y será siempre el fin de la vida religiosa.

Digámoslo una vez más: el fin de la vida religiosa no es “el hombre latinoamericano”, ni puede sentirse directamente “comprometida en la liberación plena del hombre”, pues es interesarse en un problema económico que no va a resolver. En cambio, dedicándose a lo

¹² Josué, 6, 10.

¹³ Cf. La vida griega, pág. 206.

propio puede hacer mucho más por el mundo que adaptándose, secularizándose y volviéndose economista.

Pensamos que vendrá una renovación de la vida religiosa cuando abandone esas preocupaciones actuales, de última hora, que no las tiene ningún joven que intenta entrar en religión. Solamente después de ingresar en nuestras comunidades religiosas pierde su alma, naufragando en la "liberación", en "el compromiso latinoamericano", o en la directa preparación de la guerrilla.

La vida religiosa no es fácil. Requiere el silencio exterior e interior.

Es cierto que el elogio de la soledad y de la vida "separada del mundanal ruido" está en boca de los místicos y repetida por los poetas. El místico encuentra en el retiro todas las garantías para su vida contemplativa. Pero eso supone una persona de gran elevación espiritual, que ha vencido muchos obstáculos. Entonces el solitario está en condiciones de aprovechar religiosamente su soledad. Pero, para el común de los religiosos, la soledad significa caer en la rutina y la tibieza. La posibilidad de no hacer nada lo lleva a la vagancia. El tiempo libre "para vacar en la contemplación", lo emplea en charlar, dormir, visitar amigos o amigas. La imaginación pronto abandona el dictamen de la fe, para tomar sus caminos. Pequeñas comodidades, que siempre van creciendo, jalonan una ruta, que hoy se llama: apertura al mundo y secularización. La belleza de un panorama, que a un San Francisco llenaba de religiosa exaltación, es para el religioso común motivo de molicie, pereza, salir a cazar o vagar. La vida común y de la celda, aun en el bullicio de una ciudad, es más fecunda para el apostolado. Nada, para la salvación del prójimo, se planifica en el jardín, en el parque o junto al río. Tampoco en los viajes por Europa para asistir al encuentro o al cursillo.

No queremos hacer la apología del activismo. Pero, el grado de actividad que requiere la vida en común, es necesaria para estímulo y movilidad de la pereza.

Si estamos actualmente en un intento de renovación de la vida religiosa, nada mejor que volver la mirada al cenobio primitivo, aquel primer intento-intérprete de la voluntad de la Iglesia. Esto es importante, porque aquel esbozo primitivo, en sus razgos fundamentales no ha desaparecido nunca, y la Iglesia, en cada aprobación de institutos religiosos, masculinos y femeninos, ha sancionado aquellos principios fundamentales, asignándoles un valor permanente.

El aspirante a la vida religiosa en el monasterio de Pacomio debe esperar afuera unos días, aprender la oración dominical y los salmos; se le interroga sobre sus intenciones y se le informa sobre las prácticas monásticas. En la Historia Lausíaca, cincuenta años después de la muerte de Pacomio, se hace esperar al postulante tres años para incorporarlo a la comunidad. En ese mismo tiempo había siete mil monjes.

No existía ningún amable reclutador de vocaciones. El Espíritu conducía los jóvenes y hombres animosos hasta la Tebaida Superior

y les hacía golpear las puertas del monasterio. Allí debía empezar por destruir el hombre viejo y pedir la ciencia de los santos para seguir los pasos de Jesucristo.

Todo aspirante sincero a la vida religiosa, en la hora actual, tiene la misma actitud espiritual que el aspirante pacomiano. Quiere, de un modo u otro, consagrarse a Jesucristo. De un modo u otro. Los tiempos y situaciones son diversas. Puede haber pensado en el apostolado. Pero siempre un apostolado al servicio de la Iglesia y siguiendo los pasos de Cristo.

En estos tiempos, que hablamos de renovación, debemos tener aquello en cuenta. Los fines y fundamentos de la consagración religiosa permanecen a través de diecisiete siglos, por lo menos. Hay algo permanente. La crisis de la vida religiosa viene porque se atenta contra aquello permanente y se lo destruye. La renuncia y oposición al mundo, la práctica de la obediencia, la castidad, la pobreza, la oración, la humildad, todo en seguimiento de Jesús, son algo fundamental, que no puede trastornar ningún encuentro, ni cursillo, ni encuesta, ni la "eclesiología renovada".

Ocupémonos de nuestras cosas, el Reino de Dios, y lo demás vendrá por añadidura, según reza el Santo Evangelio.

ALBERTO GARCÍA VIEYRA, O.P.

El rito tradicional de la Misa según el Ordo de San Pío V no está, que yo sepa, abolido. Y en consecuencia los Ordinarios del lugar, especialmente para la protección de la pureza del rito y mismo de su comprensión comunitaria de la asamblea, harán bien, según mi humilde opinión, de alentar la permanencia del rito de San Pío V.

CARDENAL ALFREDO OTTAVIANI

Carrefour, de París, 9 de junio de 1971.

LA MATEMÁTICA MODERNA Y LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA

Soplan vientos de reforma en los medios educativos de la mayoría de los países; lo que empezó siendo leve brisa que muchos consideraban vivificadora y refrescante, se ha convertido en vendaval tormentoso de resultados todavía confusos. Esto se está produciendo porque en los puestos clave de la administración pública se han introducido elementos mesiánicos de indudable buena fe, pero que tienen la idea simplista de que el cambio y la modernización es necesariamente sinónimo de progreso y que éste será tanto más acusado cuanto más tajante sea la ruptura con el pasado y con la tradición. Así han surgido reformas en cadena que se van imponiendo de un modo más o menos dictatorial según los países, pero inexorablemente, sin encontrar grandes resistencias pues la idea simplista que las inspira ha llegado, por la acción de una hábil propaganda, a ser admitida como axioma indiscutible por la mayoría de nuestros contemporáneos.

No hay peor inmovilismo que el del que se deja llevar pasivamente y desarmado por la corriente; en aras del tan cacareado "dinamismo" séanos permitido aquí presentar algunas consideraciones críticas sobre uno de los aspectos que se nos antoja fundamental en las diversas reformas educativas que circulan ahora por el mundo, y es el de la enseñanza de las ciencias matemáticas. Hasta ahora las matemáticas habían representado un fondo estable e invariable en los estudios de los diferentes niveles, solamente se añadían de vez en cuando complementos y algunos detalles metodológicos, pero el contenido era siempre el mismo en geometría, en aritmética o en álgebra y muchas de las demostraciones, deducciones y definiciones remontaban a tiempos muy remotos. Piénsese si no en los "Fundamentos de Euclides", que es todavía uno de los libros más editados en las más diversas lenguas. En las reformas de la enseñanza actualmente en curso, las matemáticas no podían salir inmunes sino que es en este punto donde la reforma adquiere caracteres más graves y definitivos. Por ejemplo, en Francia, donde la reforma educativa adquiere caracteres más drásticos, se ha llevado el espíritu innovador a sus últimas consecuencias y se trata de hacer pasar bajo el dominio de las matemáticas modernas (o de "la matemática moderna") el conjunto de todo el saber humano como método deductivo, como actitud mental que debe inspirar todos los conocimientos del alumno. Como dice Jean Madiran en la introducción a un documentado estudio sobre las nuevas

matemáticas aparecido recientemente en París¹: "Se trata de condicionar desde su infancia a los alumnos para que crean que las únicas certezas racionales son las de las nuevas matemáticas, de modo que todas las ideas existentes o posibles sobre Dios, sobre el alma humana, sobre el sentido de la vida o el sentido de la muerte, en el futuro sólo serán fantasías, mitología o sentimientos o lo que se quiera, todo menos certezas racionales. No habrá sabiduría racional ni certeza fuera de las construcciones de la razón matemática".

Porque la idea que hasta ahora se ha tenido sobre la finalidad y la esencia de las matemáticas, sobre la relación entre las matemáticas y la realidad, se ha cambiado y replanteado de un modo diferente del que hasta ahora era admitido por todos. No son en el espíritu de los reformadores, las matemáticas abstracciones útiles para describir la realidad a partir de nociones primitivas como las de número y de extensión, sino una construcción mental lógica que elabora una certeza racional independiente de la realidad. Por esto los reformadores insisten en que se hable de la **matemática** y no de **las matemáticas**. Pues la matemática moderna pretende tener un carácter unitario, axiomático y definitivo y abarcar todo lo cognoscible como el único armazón racionalmente posible. Por esto al pluralismo de la aritmética, geometría proyectiva, cálculo de probabilidades, etc., etc., sustituye la enseñanza de la teoría de conjuntos y la lógica matemática de las cuales deduce las otras ramas como casos particulares o apéndices secundarios.

No hay duda que esta unificación bajo el signo de una teoría general puede tener interés formal y aun en ciertos casos pedagógicos, pero no puede esta teoría general ser considerada ni como lo más importante y mucho menos suplantar los capítulos más interesantes de las matemáticas. En el fondo, ¿de qué se trata cuando se las enseñan?

Nos parece evidente que para la inmensa mayoría de los estudiantes se persigue una triple finalidad: **informar** sobre los conocimientos matemáticos de la humanidad, **formar** las aptitudes mentales del alumno en determinados tipos de razonamiento y deducción rigurosa y suministrar unos **instrumentos** para su vida ordinaria y profesional que siempre se desarrolla en contacto con realidades en las que se tiene en cuenta las nociones de número y extensión.

Si examinamos desapasionadamente el papel que en estas tres finalidades puede desempeñar la "matemática moderna" forzoso es admitir que su preponderancia no está justificada en ninguna de ellas.

Si se trata de **informar**, es evidente que dentro de las ciencias matemáticas existen infinidad de capítulos que el hombre culto debe conocer en sus líneas generales y que no hay razón para dar mayor importancia al último llegado, pues para el alumno tan nuevo es el teorema de Pitágoras como el producto cartesiano de dos conjuntos.

¹ Les mathématiques nouvelles ou "modernes". Itinéraires, (Octubre 1971) 4, rue Garancière, París VI (302 pgs., 16 f.).

Si se trata de formar el juicio y las cualidades intelectuales, no parece acertado circunscribirse a nociones tan generales como son los conjuntos, relaciones y estructuras y no ejercitar estas cualidades deductivas y racionales en campos diversos como en la geometría de Euclides o en las fracciones continuas, pongamos por ejemplo.

Si se busca suministrar un instrumento es todavía menos defendible la primacía de la matemática moderna, pues sus síntesis generales y sus conceptos no se aplican prácticamente nunca en la vida diaria, ni en los oficios manuales, ni en la arquitectura, ni en la ingeniería, ni en la física. Solamente encuentran utilidad práctica en la construcción de ordenadores y en la confección de programas para éstos, y también... entre aquéllos que tienen tendencia a enunciar banalidades por medio de un lenguaje esotérico y pedante.

La primacía o exclusivismo de la "matemática moderna" en la enseñanza puede tener además otra consecuencia muy grave en la formación intelectual de los jóvenes y es que éstos se acostumbran a razonar en términos dicotómicos, como es propio del álgebra de Boole, y sus esquemas mentales van acercándose a los de una computadora carente de matices y de capacidad creadora. Es el contacto con la realidad el que fecunda la inteligencia, y los fríos y rígidos edificios lógicos construidos sobre nociones ideales, sólo pueden desempeñar el papel de auxiliares de la verdadera ciencia, cuyo fin es el conocimiento e interpretación de la riquísima y compleja realidad del mundo.

No parece pues justificado el exclusivismo o la preeminencia que se quiere dar a la "matemática moderna" en las reformas educativas. Que se añada nuevo capítulo sobre axiomática o lógica matemática a los programas, que se indique la posibilidad de reunir nociones diversas en algunos conceptos generales, puede ser útil y beneficioso, pero sin perder de vista la variedad y la riqueza de las ciencias matemáticas, sus diferentes aspectos y sus relaciones con la realidad.

Pero la "matemática moderna" quiere dar una nueva visión al alumno, una nueva formación intelectual y sobre todo inculcarle la idea de que se han abandonado las "fastidiosas matemáticas de papá"; en este respecto la "matemática moderna" puede ser un factor importante en el divorcio de las generaciones y como tal es apoyada por grupos subversivos que buscan fomentar el "historicismo" basado en la dialéctica contestataria, como se dice actualmente, que admite como dogma que todo lo que es moderno, por el solo hecho de serlo, es superior a lo anterior. Pero este dogma simplista también es susceptible de ser discutido y a aquéllos educadores que guardan su independencia de espíritu y poseen energías e inteligencia suficiente para oponerse a esta dictadura de lo moderno, corresponde rechazar estos exclusivismos y hacer que las aguas vuelvan a los cauces normales del sentido común, y que de lo "moderno" se tenga en cuenta y se utilice sólo aquello que es beneficioso y que se rechace lo que no lo es.

JULIO GARRIDO

DE LA SINCERIDAD COMO MÁSCARA

Apenas hay día en que no nos encontremos, en cualquier periódico o revista, con algún hombre o alguna mujer que justifica pecados, cobardías —incluso crímenes a veces— en nombre de la sinceridad.

“Yo soy muy sincera. Lo fui desde niña y por eso rompí con mis padres y me fui de casa a los quince años. Luego me casé y, como me di cuenta de que mi matrimonio había sido un error, me separé de mi marido, aunque teníamos dos hijos, porque me repugna fingir amor a un hombre al que he dejado de querer. Creo que en amor la única moral es la sinceridad, y hasta para los hijos es mejor que sus padres se divorcien que finjan vivir juntos odiándose en el fondo y peleándose continuamente”.

¿De quién son estas declaraciones? En este momento recuerdo media docena de nombres a los que podría asignárselas sin miedo a calumniarles. Apenas hay famoso o famosa de los que viven en pleno tío-vivo de divorcios y “romances” que no haga periódicamente declaraciones equivalentes que, reproducidas por todas las revistas populares, saturan el ambiente en tal forma que es prácticamente imposible librarse de leerlas.

Y como la generación actual no tiene —porque nadie se preocupa de dársela— una formación doctrinal sólida que le permita distinguir el verdadero significado de este galimatías, es muy frecuente escuchar un lenguaje parecido en labios de chicos y chicas de familia y educación supuestamente cristianas.

La juventud de hoy ¿es más sincera?

¿Quién no ha oído mil veces esta frase: “La juventud de hoy —o la sociedad de hoy— es más sincera”?

Si a quien así habla se le pide que concrete lo que quiere decir, de diez veces las diez su respuesta será, en esencia, la siguiente: “Ahora no fingimos ser mejores de lo que somos. Antes los señores respetables iban a misa los domingos, pero de cuando en cuando iban también a ciertos barrios con el cuello del gabán levantado y el sombrero echado hacia la cara”.

Vamos a suponer que esta descripción se ajusta, en términos ge-

nerales a la realidad. ¿En qué consiste esa diferencia entre el “hipócrita” de antes y el “sincero” de ahora?

No en que este último haya renunciado a los pecados que comecía su antecesor. A lo que ha renunciado es al disimulo; pero no para reconocer humildemente su indignidad y pedir perdón a Dios y a sus prójimos, sino para jactarse de sus pecados como si fueran méritos y presentarse como un modelo de sinceridad y valentía.

Es decir, que, en lugar de ocultar el vicio, lo que se hace es llamarle virtud.

¿Es eso sinceridad?

En todo pecador hay una contradicción: de un lado, la conducta; de otro, la ley. En eso, precisamente, consiste el pecado: en violar una ley de Dios. Cuando un hombre satisface a escondidas sus pasiones desordenadas, el mal está en que lo haga, no en que se esconda. Ciertamente que, de este modo, usurpa una estimación de sus prójimos que no merece; y ha habido hombres tan sinceros que, al encontrarse en tal situación, han optado por confesar públicamente sus pecados y, renunciando a su inmerecida posición en el mundo, dedicar el resto de su vida a la expiación.

Esto sí que es “hacer frente a los hechos con valentía” y “aceptar plenamente la propia responsabilidad”; y los hombres que así se comportaron llevan el pintoresco y olvidado nombre de “santos”.

Pero ¿es muy frecuente tal conducta en nuestra valiente y sincera sociedad? Me temo que no.

La sinceridad consiste en eliminar la ley

En la contradicción entre conducta y ley, la “sinceridad” actual consiste, no en rectificar la conducta, sino en eliminar la ley. Esos hombres y mujeres que se declaran adúlteros, apóstatas, infanticidas, no lo hacen con humildad, sino con jactancia; no sacrifican nada al hacerlo, sino que creen ganar.

El famoso y maduro **bellezo**, separado de su esposa, que llamó a los periodistas para que le fotografiasen en actitudes de intimidad con su última concubina, no esperaba de ello ningún merecido castigo, sino un aumento de popularidad; y lo mismo puede decirse de las mujeres que relatan en la prensa sus variadas “experiencias amorosas”.

¿Cuál es, pues, su diferencia con los tan motejados “hipócritas” de pasados tiempos? Pues que aquéllos, por lo menos, tenían vergüenza de pecar. Buscaban un placer ilícito, pero no pretendían que, además, su pecado les proporcionase dinero y honores.

El uso abusivo de la palabra “sinceridad” está encaminado a enmascarar el abandono de toda disciplina personal, de toda lucha contra el desorden de los instintos. Cuando una mujer abandona a su marido para irse con otro hombre, o un sacerdote renuncia a su sagrada misión para casarse, y alegan que lo hacen por “sinceridad”,

porque no quieren fingir un amor o una vocación que ya no sienten, lo que hacen es obedecer a sus impulsos más fáciles y bajos, no a los más auténticos ni a los más profundos.

¿De dónde sacan esos desdichados peleles del desenfreno y la publicidad que no es sincero lo difícil? En el alma existen otros impulsos, además de la vanidad y la sensualidad; otros impulsos, igualmente humanos y reales pero que exigen un mayor esfuerzo para ser obedecidos. Existe el deseo —sincero— de un amor permanente en el cual puedan nacer y crecer la ternura y la amistad para completar a la atracción física y suplirla cuando falte; y el deseo de criar a los hijos y guiarlos y recibir de ellos confianza y respeto; y el deseo de contemplar serenamente la marcha del tiempo sin ese terror a la edad madura y a la vejez que a tantos desgraciados desequilibra. Y todo ello sin contar los impulsos superiores de amor a Dios y caridad hacia nuestros semejantes.

Sinceridad y debilidad

Para satisfacer estos deseos no basta seguir la ley del menor esfuerzo pero no es la sinceridad quien nos aleja de ellos sino la debilidad, y eso lo saben todos los seres humanos. Cuando una tentación los arrastra a romper sus compromisos o a negar la fe de sus padres, saben que están aplastando lo mejor de sí mismos.

Saben, por ejemplo, que esa frasecita que estamos hartos de oír —“es mejor para los hijos la separación de sus padres que una continua discordia”— implica una falsedad, porque, naturalmente, el compromiso matrimonial no impone sólo el deber de vivir bajo un mismo techo sino también el de hacer los sacrificios necesarios para conseguir la armonía.

Y saben, sobre todo, que la disyuntiva entre **exhibir el vicio o fingir la virtud** que está en la base de tantas argumentaciones al uso, es una deshonesta añagaza para enmascarar la verdadera cuestión.

Digámoslo de una vez: la palabra “sinceridad” en su acepción más en boga, es un superlativo de hipocresía. Y esto no es paradoja ni “boutade”: es semántica.

CLARA SAN MIGUEL

¿EXTREMISTA, PABLO DE TARSO?

Continuamente estamos oyendo hablar de los extremismos y de los extremistas; los de derechas y los de izquierdas. Está de moda, y parece una postura justa, condenar ambos extremismos.

Dentro de la Iglesia también: extremistas, los llamados conservadores y los llamados progresistas. Es frecuente condenar ambos extremismos, pero sobre todo el de los primeros; y así como en política viste más, hoy, ser tenido por hombre de la izquierda, también en doctrina religiosa y postura eclesial viste más ser tenido por progresista a ultranza.

Se suele llamar conservador al que no tiene espíritu de demolición, al que admite y no desdeña los dogmas, al que no desprecia la tradición como fuente de revelación, al que admite las enseñanzas de todos los Concilios que hubo en la Iglesia, al que es amigo de disciplina y de orden; como éste, aunque en las cosas accidentales y cambiables sea un espíritu progresivo, no admite los excesos del progresismo que es destructor, es tildado de extremista (o inmovilista). Hoy, para algunos medios de comunicación y para algunos personajes de toda categoría, el llamar a alguien conservador lleva en sí el mismo veneno que cuando en otras épocas le tildaban a alguien de fascista y eso a pesar de tanta caridad como se predica.

Y resulta que multitud de personajes en los que a veces se apoyan o intentan apoyarse los progresistas fueron de lo más extremista en el otro sentido.

Nos bastaría con fijarnos en algunos, y primero en uno a quien creemos de alguna importancia. San Pablo fue un extremista de cuerpo entero.

Extremista después de convertido en apóstol de Cristo: “Mas Saulo, llamado también Pablo, lleno de Espíritu Santo, clavó en él sus ojos y le dijo: Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no cesarás de hacer tortuosos los caminos rectos del Señor? Pues ahora la mano del Señor está sobre ti; te vas a quedar ciego sin ver el sol por cierto tiempo. Y en el mismo instante cayó sobre él oscuridad y tinieblas, y, dando vueltas, buscaba quien le llevara de la mano” (Hch. 13, 9-11). Era un extremista que usaba de privilegios y de honores: “Mas Pablo les dijo: Nos han azotado públicamente, y sin juzgarnos a nosotros, ciudadanos romanos,

nos metieron en la cárcel, ¿y ahora nos van a sacar ocultamente? Pues no: que vengan ellos a sacarnos” (Hch. 16-37). “Pero cuando le iban a sujetar con correas, Pablo dijo al centurión que estaba allí: ¿os es lícito azotar a un ciudadano romano y no juzgado aún?” (Hch. 22,25). “Si he cometido alguna injusticia o hecho algo digno de muerte, no rehúso morir; pero si no hay nada de lo que éstos me acusan, nadie puede entregarme a ellos. Apelo al César” (Hch. 25,11).

Era un intolerante: “Como ellos se opusieron y blasfemasen, sacudió sus vestidos y les dijo: Vuestra sangre recaiga sobre vuestras cabezas; yo estoy limpio; desde ahora marcharé a los gentiles” (Hch. 18,6).

Precursor de la Inquisición: “Y bastantes de los que habían practicado artes mágicas, llevaron sus libros y los quemaron en presencia de todos; y su valor fue calculado en 50.000 monedas de plata” (Hch. 19,19). Auténtico auto de fe, permitido por un hombre que no podía ser más que un intolerante y un extremista; raro es que no salió por allí algún Judas que propusiera, mejor que quemar los libros de magia, venderlos para dar el producto a los pobres. Me sospecho que un hombre semejante estaría hoy dispuesto a presidir la destrucción por el fuego de ciertas revistas, que aun llamándose católicas, encierran tal vez más veneno que lo que pudieran encerrar aquellos libros.

Era exigente con los Obispos o jefes de las iglesias locales: “Velad por vosotros mismos, y por todo el rebaño del que el Espíritu Santo os ha constituido como Obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que ha adquirido por su propia sangre. Y sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles, que no perdonarán al rebaño. Y que entre vosotros mismos surgirán hombres que enseñen doctrinas perversas con el fin de arrastrar a los discípulos en pos de sí” (Hch. 20,28). ¿Qué tendrán que decir algunos de los actuales sucesores de los Apóstoles si leen y meditan esto? ¡muchos se contentan con ser perros mudos! (Isaías, 56,10), y no faltan ciertamente los “hombres que enseñan doctrinas perversas con el fin de arrastrar a los discípulos en pos de sí”. No quería que se eligiera para obispos a los muy nuevos: “Que no sea neófito, no sea que llevado del orgullo venga a caer en la condenación del diablo” (Tim. 1.^a-1,6); exigía, entre otras condiciones que fueran: “de porte educado” (I Tim. 3,1); “de porte digno” (Tito 2,7). ¿Qué diría él de algunos de estos pastores de hoy que se despojan de los hábitos episcopales y de todo signo que descubra su condición, porque, según ellos, eso es alienante? ¿Qué diría de los sacerdotes que, despojados de la sotana, ni siquiera saben vestirse dignamente de seglares? ¡Cuántos hay que en su vestir más parecen tratantes o vendedores ambulantes!; cualquier trabajador, después de su jornada, viste más dignamente que algunos de ellos.

Este Pablo era un hombre vendido a las autoridades civiles, según el sentir de muchas gentes de hoy: "Que cada uno se someta a las autoridades que están en el poder... así el que se opone a la autoridad, se opone al orden puesto por Dios; y los que se oponen recibirán su propia condenación" (Rom. 13,1); ya se ve conservador impenitente y colaboracionista, ¡hay que ver qué clase de autoridades gobernaban el Imperio Romano cuando se dieron estas enseñanzas! "Te ruego, ante todo, que se hagan peticiones, oraciones, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los constituidos en dignidad, a fin de que podamos disfrutar de una vida pacífica y tranquila con toda piedad y decoro" (I Tim. 2,1). "Amonéstales que vivan sumisos a los príncipes, a las autoridades; que les presten obediencia" (Tit. 3,1). ¿Sería Pablo un espíritu servil ante aquellas autoridades paganas de las que la Iglesia sólo podía esperar males? Hay muchos sacerdotes que en la misa suprimen las oraciones mandadas por el Jefe del Estado y por las autoridades, ¿qué piensan éstos de San Pablo? Tal vez Pablo por aquello de ser ciudadano romano era un acérrimo defensor del régimen, pero ¿y San Pedro?; éste como ciudadano era un simple israelita expuesto a las veleidades que contra los judíos tenían de vez en cuando los gobernantes romanos; sin embargo: "Vivid sujetos a toda autoridad humana por amor al Señor: sea al emperador como a soberano, sea a los gobernadores como delegados suyos para castigar a los que obran mal y premiar a quienes obran bien... Respetad a todos, amad a los hermanos, temed a Dios, honrad al Rey" (I Pedro 2,13 y 2,17). ¿Qué compromisos secretos tendría San Pedro con el Emperador y sus ministros cuando a unos cristianos perseguidos por ellos les manda que estén sujetos, que honren al Rey? Todo ello es incomprensible y seguramente, en el ambiente en que vivimos, sería cosa de pensar, no en silenciar estos pasajes de San Pablo y de San Pedro, sino en borrarlos del todo, porque ¿no serán alguna interpolación de algún amanuense de la era constantiniana?

No era San Pablo hombre de mucha comprensión al estilo de hoy: "Yo os ruego, hermanos, que no perdáis de vista a los que causan divisiones y escándalos contra la doctrina que aprendisteis y apartaos de ellos; porque esos no sirven a Cristo Nuestro Señor, sino a su vientre, y con palabras dulces y agradables engañan los corazones de los sencillos" (Rom. 16,17). ¡Pobre gente!, a lo mejor fraternizando con ellos hubieran venido al redil y no eso de "apartaos de ellos". "Del hombre hereje, después de una y otra amonestación, séparate, sabiendo que está pervertido y peca, condenándose a sí mismo" (Tito 3,10).

Se nota que el espíritu de San Pablo no era bueno para el siglo en que vivimos: ¡ah el hombre de hoy! ¡el hombre de nuestro tiempo! Surgió el pluralismo en Corinto y: "me refiero a lo que cada uno de vosotros dice: •Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefás, yo de

UN LLAMADO

Estimado lector:

El verdadero apoyo de una publicación como la nuestra es el SUSCRIPTOR. El es la base de su difusión, y si existen muchos suscriptores que reciben "ROMA" con regularidad, se constituirá, sin duda, una corriente de opinión que tendrá una mentalidad católica para enfocar los problemas contemporáneos. Este es uno de los anhelos de la revista.

Hacemos un llamado a vuestra conciencia. La suscripción a "ROMA" casi no constituye esfuerzo económico alguno para nadie y nos es muy necesaria. No deje que, por olvido o por ocupaciones, nos quedemos sin su suscripción, o aun contribución o ayuda. Apelamos a su generosidad. No niegue su sostén a este órgano de prensa, FUNDADO PARA SERVIR A LA IGLESIA Y A LA CIVILIZACION CRISTIANA.

Asimismo le rogamos que nos haga toda la difusión que las circunstancias le permitan. Escribanos y tendremos a su disposición ejemplares para propaganda.

Hoy, cuando el progresismo amenaza a edificar UNA IGLESIA ATEA PARA EL ESTADO COMUNISTA, y cuando los medios de comunicación social que tratan temas religiosos suelen colaborar en tan siniestra tarea, una prensa católica, sin compromisos con las corrientes en boga, es más necesaria que nunca.

Para suscribirse llene la boleta, en papel de color, que se encuentra entre las páginas 40 y 41.

"ROMA" también se puede adquirir en quioscos de revistas.

LIBROS

Recomendamos los siguientes libros:

San Luis María Grignon de Montfort: Tratado de la verdadera devoción.

San Alfonso María de Ligorio: Las glorias de María.

Santa Teresita del Niño Jesús: Historia de un alma.

Sor Josefa Menéndez: Un llamamiento al amor.

Dom Juan Bautista Chautard: Alma de todo apostolado.

Fray Alberto García Vieyra O.P.: La devoción a la Santísima Virgen.

Plinio Correa de Oliveira: Revolución y Contrarrevolución.

Pbro. Julio Meinvielle: De Lamennais a Maritain.

Jean Ousset: Para que El reine.

Jean Ousset: Marxismo-Leninismo.

Asimismo para tener una visión de la Doctrina de la Iglesia encontramos fundamental el estudio de las encíclicas:

Quas Primas de Pío XI, sobre la realeza de Nuestro Señor Jesucristo.

Immortale Dei de León XIII, sobre la constitución cristiana de los estados.

Quadragesimo Anno de Pío XI, sobre el orden económico-social.

Divini Redemptoris de Pío XI, sobre el comunismo.

Finalmente, para entender los problemas del momento presente, nos dan una orientación clara y segura, la:

Pascendi de San Pío X.

Notre charge apostolique (Sobre el Sillon) de San Pío X.

Humani Generis de Pío XII.

Para el cristiano deseoso de no sucumbir en la confusión actual, recomendamos vivamente la lectura meditada del VADEMECUM DEL CATÓLICO FIEL, publicado en nuestro n° 12, que fue aprobado por varios obispos y alrededor de un millar de sacerdotes, entre ellos ilustres teólogos y doctos curas de almas.

Importante: ROMA no cuenta con servicio de librería. Se ruega no pedir libros a la dirección de la revista.

Cristo» ¿Está dividido Cristo?» (I Corint. 1,12). Hoy hay muchos defensores del pluralismo, pero en cuanto alguien no está conforme con ellos y con su manera de pensar tildan a los oponentes de traidores y de otras cuantas lindezas.

¡Intransigente, intolerante, deshumanizado!, según, claro está, el sentir de muchos de hoy: “Pues yo, por mi parte corporalmente ausente, mas presente en espíritu, he juzgado ya como presente al que así obró; que congregados en nombre de Nuestro Señor Jesucristo vosotros y mi espíritu, y con el poder de Jesús, Señor Nuestro, sea entregado éste a Satanás para que lo atormente en el cuerpo, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor Jesús” (I Corint. 5,3). Es tajante en sus decisiones: “Lo que os escribí fue que no os mezcléis con ningún hermano que sea llamado públicamente fornicario, avaro, idólatra, ultrajador, borracho o ladrón; con tales, ni comer”. “A los de fuera, Dios los juzgará. Arrojad de entre vosotros al malvado” (I Corint. 5,11 y 5,13).

No es nada comedido en sus expresiones con respecto a los enemigos de la sana doctrina: “Cuidado con los perros, cuidado con los malos obreros, cuidado con los de la circuncisión” (Filp. 3,2). Y usa un lenguaje enérgico para corregir los desmanes: “¿Qué queréis?, ¿que vaya a vosotros con vara o con amor y espíritu de mansedumbre?” (I Cor. 4,21).

Era intransigente con el mal y con los sembradores de falsa doctrina: “Habiéndola algunos abandonado, naufragaron en la fe, entre los que se encuentran Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar” (I Tim. 1,19). “Mas si alguno no obedeciera a las instrucciones de esta carta, señaladle y cortad todo trato con él, para que así se sienta avergonzado” (2.^a Tessal. 3,14). En estos tiempos de falsa caridad que perjudica a la comunidad no podría repetir San Pablo estas expresiones. Hoy no se usa del poder coactivo y así caminan a sus anchas toda clase de aventureros de la doctrina.

También había en tiempos de San Pablo ministros de la palabra y del culto que se dejaban embaucar por los encantos del mundo: “Pues Demas me ha abandonado, llevado del amor de este siglo” (2.^a Tim. 4,9). No hay nada nuevo bajo el sol y las deserciones en la Iglesia siempre existieron, pero la Iglesia permanece; por algo a pesar de los hombres la rige el Espíritu Santo. Claro que muchas de las deserciones de hoy no se darían si a tiempo se hubiera mantenido la disciplina y el principio de autoridad.

El pobre San Pablo también tuvo que sufrir en su obra apostólica las envidias y las maldades de algunos bautizados; no es extraño, le pasó a Cristo: “Alejandro el herrero me ha hecho mucho mal; el Señor le pagará según sus obras. Tú guárdate de él pues ha puesto fuerte oposición a nuestras palabras” (2.^a Tim. 4,14). Desde luego no le

importaba denunciar el peligro como buen guardián de su rebaño, aunque el lobo tuviera que ser descubierto. De la misma manera se pronunciaban otros apóstoles: “Si alguno va a vosotros y no lleva esta doctrina, no le recibáis en casa y no le saludéis, pues el que le saluda participa de sus malas obras” (III Juan 10).

ESTABA SAN PABLO PLENAMENTE SEGURO DE POSEER LA VERDAD y no admitió componendas ni medias tintas: “Pero aun cuando nosotros o un ángel del cielo os anunciase un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gal. 1.8).

Como representante (apóstol) de Cristo no teme condenar y excomulgar al que predique algo distinto a lo predicado por él: **“SI ALGUNO OS ANUNCIA UN EVANGELIO DISTINTO DEL QUE RECIBISTEIS, SEA ANATEMA”** (Gal. 1.9).

¡Cuánto para reflexionar en la actitud de San Pablo ante el error y ante el peligro que pueden correr los fieles a causa de los falsos profetas!

FÉLIX LORENZO

ENFERMO GRAVE: POR FAVOR SILENCIO

Nuestro mundo está lleno de palabras. Si no mirad los periódicos: ¡cuánto se escribe para decir nada! La radio, la TV: qué insulsa repetición de clisés que llegan al subconsciente pero que nada dicen a la inteligencia. Estamos hartos de palabras. Palabras que son “mero soplo físico de voz” que hacían exclamar de ira a un autor: ¡palabras, palabras, palabras! El mundo en verdad, es un enfermo, y bien grave; está indigestado y confundido de palabras; por ejemplo con la palabra amor, con la palabra paz, y así siguiendo. Tienen para el mundo un valor multívoco.

“Los higienistas recomiendan para el cuerpo el baño de agua, el baño de aire y el baño digestivo con agua pura; yo agregaría a éstos para el alma, el baño de silencio...” (A. D. Sertillanges O. P.). Entrad a un bar mundano. ¡Qué sensación de vacuidad interior! ¡Cuántas cuerdas vocales desaprovechadas! Id a algún recinto de trabajo que reúna a un grupo de personas: ¡cuánto se habla de más! Muchas veces en nombre de una mal entendida fraternidad. Id a un concierto moderno: ¡pues si bien vale la pena el silencio! Con razón respondió nuestro reciente Premio Nobel, el Dr. Leloir, a la pregunta: ¿qué música prefiere? “Prefiero la música del silencio”. Nuestro tiempo es un tiempo sin música propia que va dejando como antigualla el canto gregoriano y como ridículo el mismo silencio musical.

El laboratorio científico es a veces, receptáculo del ruido. También allí se habla de gusto, y en muchas ocasiones mal. Para llenar el espacio de ondas acústicas se dicen O'keys y un sinnúmero de barbarismos, adoptando palabras del inglés; por ejemplo chequear, fittear, printear, etc. Hijas del ruido y del coloniaje mental. No me imagino a Pascal diciendo plotear.

El ruido del alma se advierte además en la liturgia. La “renovación” que trajo el Concilio, mal aplicada en algunos casos por cierto, nos entrega Misas en que no cabe el instante de silencio “para escuchar a Dios”.

Hace poco, en “L'Osservatore Romano”, un fraile decía que ya no tiene vigencia aquella inspirada frase de San Bernardo: ¡Oh beata solitudo. Oh sola beatitudo! Hasta donde ha llegado la crisis que quienes cuestionan el silencio y la misma santidad escriben en el órgano oficioso de la Iglesia. Mas ésta tiene sus propios fuertes y murallas inexpugnables, los de quienes viven

en recogimiento una vida santa ya sea en el mundo o apartados de él. La silenciosa santidad no necesita hacer ruido para defenderse: la elocuencia de los santos demuestra su actualidad. ¡Y en verdad hay muchos santos en este tiempo que corre aunque no parezca!

San Juan de la Cruz en el Cántico Espiritual habla de

*La música callada
la soledad sonora*

El Esposo, el Amado es eso. Suena en el interior despegado y desnudo del alma su presencia como una melodía callada porque todo ruido ha cesado en ella, aun todo sonido: es la música del misterio que sobrepuja toda criatura. Y es el Amado "soledad sonora". Soledad del alma sin pecado ni imperfección que suena con el vibrar de la Gracia como cascada divina.

¿Cómo escuchar al Amado sin silencio físico y sin silencio interior? Ya de las cosas que son de suyo cordialmente invitantes a una serena contemplación silenciosa, el hombre moderno ha añadido el ruido de su arte sin concierto. No se escucha el silencio de las cosas. Aun sobre la muerte ¿no vemos en nuestros días matar jóvenes en guerras sin fin, siguiendo a estas muertes el repiqueteo de las ametralladoras y el estruendo de las bombas? Pocos se detienen ante el silencio de la muerte del hermano, tan cálidamente invitante también a una reflexión sobre los novísimos. Si la naturaleza con su simple manifestación silenciosa, pese a las catástrofes naturales, no provoca en el hombre una respuesta acorde con esa callada actitud de las cosas ¿podremos esperar una reflexión filosófica o religiosa?

Finalmente una sutil ciencia del ruido se nos quiere imponer bajo el nombre de sociología, filosofía existencialista o teología de la muerte de Dios. Quien intenta callar ante el misterio de las cosas y de la muerte y el sublime misterio de Dios no puede detenerse sin asco ante tanta cantidad de palabras físicas sin eco resonante en lo interior. De ahí que volver a la fuente antigua sea el camino adecuado al ordenamiento del mundo según Cristo: la meditación silenciosa que era motivo de lamentación de Jeremías: "Desolado está el mundo porque nadie medita de corazón".

LUIS F. GATTÓ

LA ENSEÑANZA URUGUAYA

Los uruguayos acaban de pronunciarse masivamente contra la violencia de la izquierda. Esta es al primera y más válida conclusión que cabe extraer del resultado de los comicios del 28 de noviembre. Pero cabe, también, otro tipo de consideraciones.

El uruguayo es un pueblo sometido, desde hace un siglo, a la acción deteriorante del liberalismo y del laicismo. Una a una, por obra de un programa voluntarioso y sistemático, se le fue arrancando de su acervo, sus mejores tradiciones y sus vinculaciones raigales con el viejo tronco hispánico. Se fue convirtiendo en una entidad despersonalizada, en algo casi abstracto, desconectado de la realidad sudamericana. Sus antiguos valores fueron sustituidos por un aparato de nuevos mitos de agresiva inspiración masónica. Se lo convenció de que era "un pueblo para la democracia", una encarnación sorprendente y enternecedoramente perfecta de los ideales de la Revolución Francesa. Uruguay era el triunfo, el único triunfo, de la revolución porque era el único caso en que la revolución no se devoraba a sí misma en sus contradicciones ni necesitaba destrozar para reinar el ámbito nacional en que se instalaba. En realidad, el pueblo uruguayo se adaptó al inflexible esquema propuesto e impuesto por las camarillas coloradas de Batlle y Ordóñez porque previamente fue vaciado de sus tradiciones y separado de sus hermanos. Sobre esa "tábula rasa" se llevó a cabo la experiencia liberal y masónica que parecía culminar en un ejemplo feliz de "Suiza americana", mezcla de bucólico colonialismo y de bien aceptada máquina electoral.

Pero, como se sabe, la Revolución no se detiene. Los tupamaros se encargaron de continuarla aquí y ahora, tal como en Cuba o en Chile. Es muy de tener en cuenta que los brotes guerrilleros nacen y prosperan especialmente en aquellos países en que el liberalismo está muy entrañado (Chile) o muy corrompido (Cuba). En Uruguay era lo uno y lo otro y la violencia izquierdista apareció. Tan ideologizante, tan exógena, tan desencarnada como la violencia liberal del siglo pasado.

Sorprendentemente, Uruguay, esclavizado en su dinámica democratista, decide jugar su destino como nación y los de sus hijos como seres humanos, en una elección, en una jornada dominical en que el fútbol iba a ser sustituido por la historia y en la que se habría de arriesgar la suerte última de un pueblo con un criterio casi deportivo.

Pero bien se sabe que, en Occidente, los únicos que entregan el poder a los marxistas, son los demócratas cristianos, siendo el instrumento más eficaz para ello, así como en Oriente lo son los ejércitos ruso y chino. Por lo demás, en las situaciones límites, en las horas solemnes, los pueblos aun no cansados históricamente, siempre optan por la vida. El sentido conservador debía primar, y primó, sobre el sentido liberal. La dialéctica liberal llevaba, inexorablemente, al pueblo uruguayo, de continuarse a sí misma, al suicidio de la tiranía marxista. Algo íntimo, algo de lo cual el pueblo uruguayo aun no había sido despojado, lo llevó a elegirse a sí mismo sobre sus enemigos.

Así, multitudinariamente, se derrotó a la izquierda. Lo que indica que los pueblos son, por instinto, conservadores; sólo que con frecuencia resultan engañados sobre qué es lo que merece ser conservado. Por lo demás, es obvio que nada hay menos democrático, con cualquier contenido con que se quiera tomar esta palabra, que un izquierdista armado. Porque una revolución llevada a cabo en nombre de un pueblo, ¿qué sentido puede tener cuando es repudiada por el propio pueblo, el presunto mandante? Lo que ocurre es que la izquierda es democrática en un sentido muy especial, como lo eran los revolucionarios liberales: se supone que el pueblo, por naturaleza, aspira a algo, un paraíso liberal o un paraíso socialista, y que eso lo desea con una suerte de fatalismo, de mandato histórico, de imposición metafísica. Eran los derechos del ciudadano, es la liberación del hombre hoy. Y esto el pueblo lo desea y camina hacia ello aunque no lo sepa y, más aún, aunque no lo quiera. ¿Es que se puede desear sin querer?

Pero, sutilezas aparte, hay una lección última, concreta y aprovechable especialmente para los argentinos, del caso uruguayo. Y es que, como se ha visto, tanta inconformidad, tanta vocación de cambio, tanta urgencia contestataria, no son más que productos abstractos de los laboratorios ideológicos marxistas; son instrumentos emocionales puestos al servicio de bandas de marginados; son recursos retóricos, excusas sentimentales, que permiten alterar una situación dada, llevando al ánimo del observador la impresión que existen causas de fondo que deben ser rápidamente corregidas o suprimidas para que retorne la paz. Reflexión válida para el Uruguay como para Córdoba. La inquietud es ficticia, la algarabía es falsa. El pueblo no engendra, habitualmente, la violencia por sí ni desde sí; es necesario siempre un factor extraño, un elemento catalizador que cree, con una intención dialéctica, el frente de roce, una oposición que deba resolverse en una situación nueva, es preciso inventar una alienación, imponer una artificial necesidad de cambio y liberación. Por esto es que, tramposamente, el marxismo habla de "la vanguardia" del pueblo, que es, claro está, el propio marxismo. Esta vanguardia se encarga de "concientizar" a las bases, término que, si tiene alguno, no puede tener otro sentido que el que acabamos de dar: crear la sensación de angustia frente a una presunta alienación. Angustia y alienación que nadie antes había advertido ni sentido.

La lucha prosigue. Ya Seregni en Uruguay y Castro desde Chile lo han advertido: la violencia continúa siendo el método preferido de los marxistas para realizar al pueblo en un inédito destino aun contra su voluntad. De este destino, algo misterioso y algo abstracto, sólo ellos tienen la clave. El buen sentido, el instinto conservador, la añoranza de tiempos mejores, que curiosamente están atrás y no en el futuro, han salvado al Uruguay de las trampas de la dialéctica marxista. Para que la victoria sea cierta y definitiva cabe esperar ahora la sustitución del sistema liberal por el cristiano. Cualquier otra solución intermedia, cualquier respuesta inspirada en el temor o en lo circunstancial no será más que una detención en el camino revolucionario.

VÍCTOR EDUARDO ORDÓÑEZ

SATANÁS: ¿MITO O REALIDAD?

“El tema del diablo debía tener hoy gran actualidad. Porque es claro que su poder se hace cada vez más manifiesto sobre la vida de los pueblos”¹. (Pbro. Julio Meinvielle).

El mundo moderno, de suyo anticristiano en tanto surge como contraposición al ordenamiento católico, no sólo tiende a negar o por lo menos disminuir la existencia de un Dios único, personal y trascendente, sino que merced a su propia e intransigente soberbia, opta por ignorar, también, a Satanás.

Mencionar al diablo en éste “evolucionado” siglo XX donde reina la egolatría y el materialismo del “hombre nuevo”, del “hombre perfecto”, importa reconstruir una “mentira felizmente superada”. El satanismo resulta materia de museo cuando no de burlas, pues aceptar la vivencia del mismo aparece ante los ojos críticos de teólogos y laicos neomodernistas, como un regreso al medioevo.

Sin embargo, la decadencia de la humanidad iniciada con el Renacimiento y la Reforma, su ateísmo práctico contrario a lo manifiestamente cristiano y, sobre todo, su aspiración de rebajar a Cristo situando en su lugar al Estado, la sociedad o el individuo, según los casos, hacen que la presencia del diablo en estos procesos se revele inevitable.

I. Cristo y Satanás

Su existencia ¡Un dogma!

En un ateo, es natural que nociones tales como Cristo, Satanás y la Divina Trinidad carezcan de sentido; después de todo, el ateísmo implica la negación absoluta de Dios. Lo grave, es negar la existencia del diablo y sin embargo proclamarse cristiano ortodoxo, dado que, según lo aclara Marcel de la Bigne de Villeneuve: “La revelación no nos presenta a Lucifer como una hipótesis discutible, sino como una terrible realidad”². Así, cuando las Sagradas Escrituras muestran a Satanás están, en rigor, señalando una verdad fatal.

Ahora bien, debido a su inteligencia, el diablo, “príncipe de este

¹ Prólogo al trabajo de Federico Bracht: “El silencio es contra el Verbo” (pág. 7).

² Marcel de la B. de Villeneuve, “Satán en la ciudad” (pág. 23). Ed. Nuevo Orden.

mundo”, emplea los más hábiles sortilegios para que el hombre, pagado de sus “maravillosos” dones, opte por ignorarlo. Baudelaire escribe: “La mejor treta del diablo, es la de convencernos que no existe”. De aquí, aquella teoría, aún sostenida por ciertos teólogos protestantes, según la cual sólo existirían Dios y el hombre, siendo Satanás una “construcción” medioeval. Mas ello resulta absurdo, pues disuelve el misterio de la historia tal Dios lo reveló: hay un ser libre —Lucifer— que introdujo el pecado perdiendo a nuestros primeros padres.

Desde entonces el hombre, junto a Cristo y Luzbel, es uno de los tres agentes principales de la historia y se mueve, bajo el ascendiente del Señor, que busca orientarlo hacia el Bien, y del demonio que, contrariando al Todopoderoso, lo induce a perderse.

“Arrojado fue de la tierra...”

En el Apokalypsis, San Juan relata la caída de Satanás en estos términos: “Y se hizo guerra en el cielo; Miguel y sus ángeles pelearon contra el dragón; y peleaba el dragón y sus ángeles, mas no prevalecieron y no se halló más su lugar en el cielo. Y fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el engañador, del universo” (Apoc. XII, 7 y 9).

Mas, si la caída precedida de feroz lucha resulta evidente, no lo es tanto la razón por la cual germinó en Lucifer el espíritu de rebelión. Durante la edad media, enfrentáronse al respecto la escuela Dominica (San Alberto Magno, Santo Tomás) y la escuela Franciscana (Duns Scoto). Para Santo Tomás, el demonio había pecado de orgullo; Scotto, inversamente, sostenía que en el deseo debía encontrarse su culpa.

Luzbel se proclamó adverso a Dios cuando supo que debía adorar a Cristo, verdadero hombre. No concibió, sabiéndose espíritu puro y creyéndose perfecto, reverenciar a un ser compuesto de espíritu y materia, de alma y cuerpo. ¡Non serviam! exclamó insolente.

Siendo el más completo de los ángeles, Lucifer poseía derechos y deberes. Era jefe de las legiones del Altísimo, pero debía obedecer al Todopoderoso. Creado para comandar las creaturas más perfectas y acatar los mandamientos de Dios, Luzbel, tentado en su altivez, aprovechose de la libertad que gozaba y se rebeló: “La superioridad fue el móvil de la soberbia; la libertad fue la condición que hizo posible la caída”³.

³ Giovanni Papini, “El diablo” (pág. 65). Ed. Emecé. Este libro, por otra parte, sostiene la tesis, *herética*, de una reconciliación final de Satanás con Dios. (Nota de la Redacción).

II. Satanás y el Hombre

El mundo en sus comienzos encontrábase regido de acuerdo a la justicia original, Creación divina, este mundo, era bueno, puro. Mas la rebelión del hombre contra Dios, introdujo la ruina, el desorden y la armonía existente entre el hombre y el resto de lo creado se desvaneció. Las cosas, ontológicamente consideradas, siguieron siendo sanas; pero ocasionóse el caos y las mismas, por la concupiscencia del hombre, sirvieron para el Mal. En tal sentido enseña el Apóstol Santiago: **“Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?”**. Y de ese mundo torcido, Satanás es Señor.

De ahí, la enseñanza de San Pablo quien exhorta a defenderse de las artimañas diabólicas: **“Vestíos de la armadura de Dios, para poder resistir los ataques engañosos del diablo. Porque para nosotros la lucha no es contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanos de estas tinieblas, contra los espíritus de la maldad en lo celestial”** (Ef. VI, 11).

Recién con la venida de Cristo, y gracias a su sacrificio, el hombre encuentra una esperanza de salvación. Aunque como el hombre es pecador, sólo reconociendo a Cristo por la fe y confesándolo con las obras puede salvarse; ya que el Padre **“Amó al mundo hasta entregarle su unigénito Hijo, para que todo el que en El crea no perezca sino que tenga la vida eterna”** (San Juan III, 16).

Pero, si el camino de la salvación se encuentra a nuestro alcance, también es válido reconocer que, en tanto prisioneros del demonio cuando consentimos el pecado, existe un camino de perdición: el infierno. Las acechanzas del diablo son constantes: **“Sed sobrios y estad en vela —dice San Pedro (I, V, 8)— nuestro adversario el diablo ronda, como un león rugiente, buscando a quien devorar”**. Y si bien no todos los pecados son producto de la discordia por él introducida, indirectamente lo son, dado que nuestra condenación parte del pecado cometido por Adán; y ¿quién sino Satanás le invitó a perderse?⁴.

En la acepción griega —diablo: calumniador, acusador—, o en la acepción hebrea —Satanás: adversario, enemigo—, el príncipe de las tinieblas representa para la doctrina católica, el origen último de todo Mal. Lucifer, aprovechando la flaqueza humana nos acosa y perverte conduciéndonos hacia **“el abismo”**. Su poder es tal, que tentó al propio San Pedro, primer vicario de Cristo en la tierra, hecho por el cual El le dijo: **“Quítateme de delante Satanás”** (San Mateo, XVI, 22).

Varios siglos después de Jesucristo, especialmente en el Medioevo,

⁴ Santo Tomás distingue, al preguntarse si todo pecado es cometido por instigación del diablo, entre causa directa y causa indirecta. En el primer sentido (causa directa) responde que no. En el segundo (causa indirecta) contestó que sí, en cuanto tentó a Adán, **“de cuyo pecado se siguió en todo el género humano cierta inclinación a todos los demás pecados”**. (Cf. S. Th. I, Q. 114, Q. 3).

resultan numerosísimos los tratados escritos sobre Luzbel, sus apariciones, e incluso sus posesiones. En aquellas épocas santas —la Edad Media es Edad de Fe— cuando aún no habían penetrado los graves efectos del libre examen protestante y de la Revolución Francesa, las gentes conocían y temían la presencia del demonio. Se llegó, aunque parezca descabellado, al extremo de acusar a dos Papas (Juan XII y Silvestre II) de haber tenido relaciones con el diablo.

Lo antedicho importa reconocer el poder del demonio. Sin embargo, no podemos caer en el fatalismo de creerlo omnipotente, pues estaríamos consintiendo la herejía luterana de afirmar, por ejemplo, que “la concupiscencia es inevitable”⁵.

Hoy, no obstante las irrefutables evidencias aportadas por San Lucas, San Marcos, San Mateo y San Juan, la suficiencia humana es tal que, en su afán ciego de saberlo y comprenderlo todo a espaldas de Dios, “de sentarse en el templo de Dios y mostrarse como si fuera Dios” (Tesal. II, 4), da por sentada la no existencia del diablo. Cuando, habrá que asentarlos nuevamente: Lucifer no es una fuerza abstracta ni una potencia inmanente de cada individuo, es la engendración del Mal, es un ángel caído que pugna por arrastrarnos al Infierno.

III. *Satanás en la Revolución Anticristiana*

La Revolución contra la Iglesia, que supone finalmente el reinado del anticristo, se ha desarrollado paulatina pero inexorablemente a través de los siglos. Conspiración, la más criminal e impía que, impulsada por Luzbel, pretende volver al hombre contra Dios a fin de confundirlo y perderlo.

Su primer paso lo significó el Renacimiento: “El hombre se imaginó —expone Berdiaeff— que toda la vida podía estar sometida a su arte. Se cesó de temer a los demonios que tanto asustaban a las gentes de la Edad Media”⁶. Se creyó innecesaria, por tanto, la presencia de Dios; Satanás pasó a ser fantasía y el orden medieval fundado sobre la Cruz y la espada, fue reemplazado por otro puramente ateo. Simultáneamente, habría de irrumpir el protestantismo herético, cuya libertad de conciencia implicaría la negación de una Verdad absoluta para transformarla en relativa: “El hombre era la medida de todas las cosas”. Pero a la subversión de la afectividad —Renacimiento— y del alma —Reforma—, le continuó la subversión de la política, que vióse materializada en el colapso francés de 1789. De ahí las palabras de José de Maistre: “Hay en la Revolución Francesa un carácter satánico que la distingue de todo lo que se ha visto, y quizás de todo cuanto se verá”⁷. La Revolución Comunista, final-

⁵ Jacques Maritain, “Tres Reformadores”. Ed. Difusión (pág. 16).

⁶ Ezcurre Medrano, “Catolicismo y Nacionalismo” (pág. 13). Adsum.

⁷ Joseph de Maistre, “Consideraciones sobre Francia” (pág. 123). Ed. Rialp.

mente, que abjura del Cristo y la religión, caracterizándola como “el opio del pueblo”, representa la postrer etapa de esta conspiración mundial.

Pío IX, que no desconocía los efectos de semejante conjura, acusó al diablo de ser su promotor: “**La Revolución está inspirada por el mismo Satán —dijo—. Su fin es destruir el edificio social del cristianismo y reconstruir sobre las ruinas el edificio social del paganismo**”. Juicio que, complementado con el de Jesús: “El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad porque no hay nada de verdad en él” (San Juan VIII, 44), asegura la presencia de Lucifer en la confabulación contra Cristo y su Iglesia.

Conclusión

Hoy más que nunca, el hombre “. . . por sugestión del maligno . . .” abjura de El . . . deseando alcanzar su fin al margen de Dios . . .”. “Renunciando muchas veces a reconocer a Dios como su principio, destruye también la debida ordenación a su fin último y al mismo tiempo toda su ordenación hacia sí mismo, hacia los otros hombres y hacia todas las cosas creadas”⁸. Esta trastocación de valores merced a la cual el humano linaje busca primero la “añadidura” y recién después el “reino de Dios” no puede sino epilogar en una completa perdición.

Para un siglo XX que “ha convertido al diablo en un chiste”, sin darse cuenta que “eso mismo es un chiste del diablo”⁹ nada cobra tanta vigencia como la frase: “Con Cristo o contra Cristo”. Es decir, con Cristo o con Satanás; con la vida eterna o la muerte eterna.

VICENTE GONZALO MARÍA MASSOT

⁸ Vaticano II: Gaudium et Spes, primera parte, capítulo I, punto 13. Ed. Mensajero y Ed. Salva terra (España).

⁹ Leonardo Castellani, “Las Parábolas de Cristo” (pág. 247). Ed. Itinerarium.

LAS OVEJAS ABANDONADAS

Tus ovejas están tristes
porque no tienen pastores;
no hay quien oiga sus clamores,
no hay quien defienda tu ovil.

Y por eso sufren... lloran...
¿No te da lástima de ellas?
¿Por qué no oyes sus querellas?
Todas son de tu redil...

No hay quien les dé el alimento
de tu **divina palabra**;
no hay quien tu pecho les abra
para guardarlas en él.

No hay quien las lleve a los prados
ni a las fuentes refrescantes,
como antes, como antes,
que les daban leche y miel.

Tus ovejas están solas,
tus ovejas preferidas...
No hay quien cure sus heridas
con tu bálsamo de amor.

Sus pastores se volvieron
hace tiempo mercenarios.
Por recibir dos salarios
sirven hoy a otro señor.

De "Misereor" y de "Adveniat"
reciben mucho dinero,
dizque es ayuda del clero;
éso no lo apruebas tú.

Ese dinero es maldito
y es de injusticias el fruto
porque ha dejado de luto
los hogares de Moscú.

Tus ovejas están tristes...
Desde que aquella mañana
audaz abrió la ventana
el Papa Juan XXIII.

No sólo entró el aire fresco;
también entraron los males,
los lobos y los chacales
y los vampiros, ya ves.

Tú nos advertiste un día:
"Guardaos de lobos rapaces".
¿Fueron acaso falaces
tus palabras, oh Señor?

Porque hoy los pastores quieren
que los lobos carniceros
coexistan con los corderos.
¿Puede hacer éso un pastor?

Tus ovejas tienen miedo
y a tí vuelven aterradas
sus angustiosas miradas
¡Venlas, Señor, a salvar!

Ven Señor, ven a tu aprisco
antes de que se haga tarde,
que el mercenario cobarde
al lobo nos va a entregar...

M. CARMONA

Acapulco Gro. 18 de mayo de 1971

LAS MODAS Y LA MORAL

Como dijo el poeta, “hoy el progreso avanza que es una barbaridad”. Lo que puede aplicarse, sin discusión, al “progreso” de las modas femeninas. El progreso del cangrejo: retrocediendo.

Se fue abandonando el velo —signo de pudor cristiano—; vino la minifalda, cada vez más descarada; y están apareciendo ya, en calles y transportes, “vestidos” ni siquiera aptos para las playas.

¿Adónde iremos a parar? ¿Intentarán, esas buenas mujeres, penetrar así en los templos y aun acercarse temerariamente a los santos sacramentos?

¿Nada les dice su conciencia y su sentido de responsabilidad?

Cuesta creer que no haya, tras el telón, influencias siniestras. Tal es el descarado progresivo en este punto, que parece suponer una finalidad preconcebida, esto es, un plan masónico o diabólico, encaminado a pervertir a la mujer, como instrumento de perversión general. El mismo Satanás empezó por Eva...

Es terrible la vanidad femenina. Dispuestas, en general, a saltar todas las barreras, con tal de llamar la atención y con tal de “vestir” a la última moda predicada por modistos inescrupulosos o por estrellas de cine y televisión. Estrellas que se exponen, por sus inmodestias, a no brillar “en perpetuas eternidades”.

Sin tener en cuenta, esas mujeres esclavas de la moda, que con eso pisotean su dignidad y exponen sus cuerpos a las miradas indiscretas de los hombres, colaborando así en la ruina espiritual del prójimo.

Bien sabemos que la moda atenúa los efectos de la inmodestia (asueta *vilescunt*, decían los escolásticos); pero hay ciertos límites impuestos por la razón y la fe. Y hace tiempo que las modas femeninas han violado esos límites.

“Vuestra modestia —dice S. Pablo (Fil. 4, 5)— sea patente a todos los hombres”. Ella —dicen a coro los Santos Padres y moralistas— es la salvaguardia de la castidad, a que estamos todos obligados, cada uno según su estado.

Dice Napoleón —testigo nada sospechoso— que una mujer sin pudor le causa el mismo asco que un soldado sin valor.

Aun estéticamente, no sé qué arte encuentran en esos maniqués. Francamente parecen flamencos o ñandúes. Y los novios y esposos... tan imbéciles, aplaudiendo esas desnudeces.

¿No será hora de que las autoridades competentes, velando por el bien común, den algunas normas de moralidad pública, **exigiendo su cumplimiento**? Sé que en Europa, en algunos países, existen normas de ese género.

¿Y no sería igualmente plausible que los Sres. Obispos dieran la voz de alarma, exigiendo la debida modestia en los templos y urgiendo la obligación del buen ejemplo por parte de los cristianos? ¿Quién distingue, hoy día, a una mujer cristiana de otra cualquiera?

Estamos cansados de denuncias proféticas contra injusticias sociales, reales o imaginarias. ¿Acaso no tiene derecho, la gente decente, a ir por la calle o en transportes públicos sin tropezar a cada paso con maniqués indecorosos, sin ropa ni vergüenza ni sentido de dignidad? ¿Y quién declama contra esas reales injusticias?

No sólo eso, sino que se expone, quien dé el grito de alarma, a que le cuelguen el sambenito de retrógrado y cavernícola.

Dispuesto, por si acaso, a que me apliquen esos calificativos. Pero respondiendo, de antemano, que precisamente lo que suele distinguir a los salvajes es la penuria de vestimenta: cuanto más salvajes, más desnudos.

MONS. MIGUEL TORRES

LA CRUZ, EL CULTO Y LA POBREZA

Mis queridos amigos:

Esta carta os llega en tiempo de Pasión, tiempo que Jesús inició con una conciencia clara de que uno de sus discípulos le iba a traicionar. Jesús advirtió: "A este hombre le hubiera sido mejor no haber nacido". "Este hombre" era el mismo que se escandalizó de que María Magdalena hubiera ungido los pies de Jesús: "¿Por qué no se vendió este bálsamo por 300 denarios y se repartió el dinero a los pobres?"

La pregunta de Judas suena actualmente como algo muy cristiano y casi postconciliar. Sin embargo, es la pregunta de un traidor que ni entiende al Maestro ni ama a los pobres, por muy caritativo que se haga pasar. Pues, al criticar el gesto de amor incondicional de María, se distancia de la actitud del Maestro, que no es otra sino la de entregarse por amor a la locura de la Cruz. Un Mesías "razonable", un taumaturgo o rey hubiera sido aceptable para Judas, pero no un crucificado. Por eso lo traiciona con el argumento típico de un hombre que ha conocido a Jesús, pues sólo un renegado puede rechazar la cruz de Cristo bajo el manto de palabras cristianas. De este modo, Judas se convirtió en padre de todos aquellos que, a causa de su supuesta sabiduría, no toleran la locura de la Cruz y, en nombre del cristianismo "puro", "moderno", "aceptable", rechazan la cruz con argumentos sofisticados.

El valioso libro del Cardenal Benasch, "Iglesia sin Cruz", que me ha inspirado estas líneas, muestra qué poco cristiana es una labor pastoral que elimina la cruz de la oración esforzada, de la confesión humilde, de la ruptura con el mundo, de la lucha contra la naturaleza caída. El pastor de almas que niega la cruz y guarda silencio acerca de la imitación del Crucificado traiciona a Cristo, por poderosas e inteligentes que sean sus palabras. Pues en la cruz se separan los caminos de los fieles y de los traidores, los caminos de aquellos que se reconcilian con el mundo y de aquellos a los que se refiere Cristo cuando dice: "Porque vosotros no sois del mundo sino que yo os he escogido del mundo, por eso os odia el mundo". No es cristiano querer evitar este odio a todo precio. La reconciliación con el mundo constituye una garantía de felicidad en tan pequeña medida como el odio del mundo es una fuente de desdicha. Pues la figura de este

Córtese por la línea de puntos

Sr. Administrador de ROMA
Pacheco de Melo 2199
Capital

Fecha

El que suscribe

domiciliado en

tiene el agrado de remitir a usted la cantidad de pesos ley 18.188

en concepto de suscripción a cinco (5) números de la revista
ROMA, que harán llegar a la dirección indicada.

Firma

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 2,50

URUGUAY: \$ 200.— OTROS PAISES u\$s. 1.—

SUSCRIPCION ANUAL

	Argentina	Uruguay	Exterior
Ordinaria	\$ 12.—	1.000.—	u\$s. 4.—
De ayuda	„ 60.—	4.500.—	„ 20.—
De benefactor	„ 300.—	18.000.—	„ 80.—

Cheques y giros a nombre de ROMA, Pacheco de Melo 2199, Buenos Aires

mundo pasa. De hecho, la "sabiduría" de Judas aboca al suicidio, mientras la "locura" de la cruz de aquellos que son fieles florece en vida y paz.

PADRE WERENFRIED VAN STRAATEN

Boletín CIO — 20 mayo 1971

LEPANTO

1571 - 1971

Non virtus, non arma, non duces,
sed Maria Rosarii victores nos fecit.

Senado de Venecia

La eficacia y el poder del Santo Rosario fueron experimentados también en el siglo XVI, cuando las imponentes fuerzas de los turcos amenazaban sujetar casi toda Europa. En esta circunstancia, el Pontífice San Pío V, después de estimular a los Soberanos cristianos a la defensa de una causa que era causa de todos, dirigió todo su celo para obtener que la poderosísima Madre de Dios, invocada por medio del Santo Rosario, viniese en auxilio del pueblo cristiano. Y la respuesta fue el maravilloso espectáculo entonces ofrecido al Cielo y a la tierra. Con efecto, de un lado los fieles prontos a dar la vida y a derramar la sangre por la incolumidad de la Religión y de la patria, junto al golfo de Corinto esperaban impávidos el enemigo; y de otro lado, los que estaban sin armas, en piadosa y suplicante falange, invocaban a María, y con la fórmula del Santo Rosario repetidamente la saludaban, a fin de que asistiese a los combatientes hasta la victoria. Y Nuestra Señora, movida por aquellas preces, los asistió: por cuanto, habiendo la flota de los cristianos trabado batalla cerca de Lepanto, sin grandes pérdidas de los suyos, derrotó y aniquiló a los enemigos, y alcanzó una espléndida victoria.

LEÓN XIII

(Encíclica "Supremi Apostolatus")

CONFESIÓN DE UN SACERDOTE

ALEMÁN

1. Yo he creído todavía en los viejos Dogmas. Y aun no me he arrepentido de mi fe. Yo he rezado el "Angelus" y el Rosario algunas veces.
2. Yo he mantenido todavía el juramento antimodernista.
3. Yo he celebrado todavía cada día mi Misa, considerándola como un Sacrificio. Y he celebrado varias veces con complacencia la Misa en latín y en un altar lateral.
4. Yo he evitado frecuentemente tener una obediencia constructiva.
5. Yo he debilitado por mi palabra y conducta sacerdotal a los laicos en su dignidad carismática de pueblo real y sacerdotal.
6. Yo he asistido a un matrimonio puramente católico una vez, y con ello he causado daño al ecumenismo.
7. Yo no he cedido a todo movimiento pecaminoso, y por ello atentado contra la madurez de mi personalidad, disminuyendo así el placer mundano.
8. He perdido el tiempo, leyendo inútilmente a Santo Tomás muchas veces.
9. Yo he mantenido siempre mi antiguo concepto de la verdad.
10. Yo me he gozado muchas veces triunfalísticamente en la santidad de la Iglesia.
11. Yo no he colocado aún en mi Iglesia ninguna máquina automática de píldoras anti-baby.
12. Me he negado a andar vestido de civil en público, por lo que me he opuesto al "aggiornamento".
13. Aún no he colocado el Sagrario en un buzón de cartas en un rincón de la iglesia.
14. Yo he hecho regularmente la genuflexión delante del altar.
15. Me he negado a desmontar los hermosos retablos barrocos de mi iglesia para instalar en su lugar una mesa de billar.
16. En lugar de una cómoda silla de televisión sigo teniendo en mi sitial sacerdotal un ascético taburete.
17. Me acuso de creer aún en la inerrancia de la Sagrada Escritura sin hacer caso a la exégesis de Bultmann.

18. He hecho ejercicios espirituales ignacianos con provecho y al estilo antiguo para fortalecerme en mi interior postura.
19. He administrado la confesión a niños de siete años, y los he confesado los sábados y en los primeros viernes. Y además, he omitido fomentar en los niños de mi parroquia las ventajas de la decisión personal de conciencia, adoctrinándoles sobre lo necesario de la confesión frecuente.

EL CONFESOR: Es usted un empedernido. Considérese como un "Excommunicatus vitandus".

(Traducción del alemán)

HABLA EL CARDENAL SLIPYJ

Intervención en el reciente Sínodo de Obispos, celebrado en Roma, por el Emmo. y Rvmo. Cardenal Josyf Slipyj, Arzobispo Mayor de Lwow. El Cardenal Slipyj pasó diecisiete años en cárceles y campos de concentración soviéticos y es el único sobreviviente de los once obispos católicos ucranianos. (Datos y texto tomado del diario "El Alcázar", de Madrid, 10 de noviembre de 1971).

"Hablo en nombre de los obispos católicos ucranianos. Ningún pueblo ni Iglesia alguna en la historia ha sufrido tantas injusticias en poco tiempo como el pueblo de Ucrania. Adquirió su independencia después de la primera guerra mundial y luego fue subyugado por los comunistas, que destruyeron sangrientamente la Iglesia ucraniana, encarcelando a toda la jerarquía, anexionándola por la fuerza a la ortodoxa. Esta grave injusticia es todavía hoy una realidad. Los católicos de Ucrania aún son perseguidos, sin que nadie los defienda. Desde el comienzo de la primera guerra mundial, en este pueblo de 54.000.000 han muerto 10.000.000 por hambre, por persecución religiosa y por la guerra e incursiones aéreas.

El régimen soviético ha suprimido todas las diócesis. La gente se ha visto obligada a entrar de nuevo en las catacumbas para celebrar la liturgia y administrar los sacramentos. Millares de fieles y de sacerdotes han sido encarcelados y deportados, y ahora, para la diplomacia eclesiástica, los católicos de Ucrania son un estorbo. El Vaticano ha intervenido para interceder por los católicos latinos, pero no ha hablado de los seis millones de ucranianos perseguidos. Cuando el patriarca Pimen, en el Sínodo que le ha escogido, ha declarado nula nuestra unión con Roma, ninguno de los delegados del Vaticano que estaban presentes ha protestado. Se ha negado la creación del patriarcado ucraniano, propuesta por el Vaticano II. A una delegación de religiosas basilianas de Ucrania no se le admitió en el capítulo general. Por desgracia, ni siquiera en Polonia, comunista y católica, se ha hecho algo para impedir que se privase de los más elementales derechos a medio millón de ucranianos. Desde hace treinta años, en ninguna de las tres eparquías ucranianas en Polonia hay ni siquiera un solo obispo auxiliar y ningún sacerdote ucraniano ha sido admitido a este Sínodo. En cambio, los ortodoxos ucranianos tienen ya cuatro obispos y están esperando otros tres más, y han conservado su propio

rito y su disciplina, mientras que los católicos la han perdido. Las voces y las oraciones del Sínodo darán nueva fuerza para perseverar, pero ¡hagan justicia!

En otro orden de ideas, los pobres deben saber huir de la brutalidad. El pobre debe ser educado para los bienes espirituales y sobre todo para la justicia. El vender los museos vaticanos, como alguien ha dicho o ha insinuado, serviría para llenar el estómago, pero empobrecería el espíritu. Los monumentos históricos no se pueden vender, sería un crimen contra los mismos pobres. No se debería haber vendido la tiara papal, gesto noble y magnánimo, pues el objeto pertenecía a la historia de la Santa Sede, que es inalienable. Los objetos preciosos de los cuales quieran desprenderse los obispos deben más bien recogerse en museos, para instrucción de las futuras generaciones. ¡No exageremos!”.

AGGIORNAMENTO Y TRADICIÓN

Carta Pastoral de S. E. R. Mons. Antonio de Castro Mayer, Obispo de Campos.

En 21 de noviembre del año pasado, en circular dirigida a nuestros carísimos sacerdotes, procuramos, una vez más, avivar en ellos y en nuestros fieles la vigilancia contra los peligros, a que un falso “aggiornamento” expone a la integridad de la Fe y a la pureza de las costumbres cristianas. Ya en documentos anteriores nos ocupamos de las tentaciones a que está expuesta vuestra fe, amados hijos, y os exhortamos a la vigilancia y a la oración. En la circular de 21 de noviembre nos referíamos, especialmente, a la reverencia debida a los Santos Sacramentos, con que damos público testimonio de nuestra fe en los misterios que adoramos. Poníamos en relieve importante advertencia de que la fe es indispensable para la salvación pues, sin ella, es imposible agradar a Dios “*sine fide impossibile est placere Deo*” (Heb. 11, 6).

Y en 8 de diciembre del mismo año pasado con motivo del quinto aniversario de la clausura del II Concilio Vaticano, el Santo Padre Pablo VI, en memorable exhortación a los Obispos Católicos del mundo entero, encarecía la obligación de cuidar de la ortodoxia de la doctrina católica.

Veis pues, amados hijos, que no eran vanos nuestros temores. Los males que lamentamos en nuestra Diócesis, de hecho, amenazan a los fieles de todo el mundo. De otro modo no tendría sentido la exhortación Pontificia, dirigida a todos los Obispos católicos de la tierra.

I. DEBER QUE INCUMBE AL OBISPO: VELAR POR LA ORTODOXIA

Dada la importancia capital de la materia —la pureza de la Fe— es obligación que nos incumbe apacentar bien a las ovejas de Cristo que nos fueron confiadas, y juzgamos deber nuestro volver sobre el asunto, comunicando a nuestro rebaño los temores y amonestaciones del Papa. A ello nos invita el mismo Pontífice, pues recuerda a todos aquellos que recibieron “**Por la imposición de las manos, la responsabilidad de guardar puro e intacto el depósito de la Fe y de la misión de anunciar el Evangelio sin desmayo**” (AAS, 63, p. 99), se les

impone, pues, la necesidad de dar testimonio de su fidelidad al Señor, no sólo con la predicación sino también con el ejemplo de su vida.

Por otra parte, al derecho imprescriptible que tienen los fieles de recibir las enseñanzas nos corresponde a los Obispos "el deber grave y urgente de anunciar infatigablemente la Palabra de Dios que el pueblo crezca en la fe y en la inteligencia del Mensaje cristiano" (p. 100).

Profunda crisis de fe en el seno de la Iglesia

Esta misión episcopal es hoy más imperiosa porque late en el seno de la Iglesia una crisis generalizada y sin precedentes, como atestigua la presente exhortación apostólica, crisis de autodemolición, como la llama el Papa, porque conducida por miembros de la Iglesia hiere profundamente la conciencia de los fieles, pues los confunde en lo que ellos tienen como más esencial en la religión.

Afirma, en efecto, Pablo VI, en el documento a que nos referimos, que hoy "muchos fieles se sienten perturbados en su fe por un acumularse de ambigüedades, de incertidumbres y de dudas, que atañen a esa misma fe en lo que tiene de esencial. Estando en este caso los dogmas Trinitario y Cristológico, el misterio de la Eucaristía y la Presencia Real, la Institución de salvación, el misterio sacerdotal en el seno del pueblo de Dios, el valor de la oración y de los Sacramentos, las exigencias morales que dimanan, por ejemplo, indisolubilidad del matrimonio o el respeto por la vida. Más aún: hasta la propia autoridad de la Sagrada Escritura llega a ser puesta en duda, en nombre de una «desmitización» radical" (ibíd. pág. 99).

Como veis, amados hijos, la crisis en la Iglesia no puede ser más profunda. Leyendo las palabras del Papa nos preguntamos: ¿qué queda de intacto en el Cristianismo? pues, si no hay certeza sobre el dogma Trinitario, misterio fundamental de la Revelación cristiana, si hay ambigüedades sobre la adorable persona del Hombre Dios, Jesucristo, si se titubea ante la Santísima Eucaristía, si no se entiende la Iglesia como institución salvadora, si no se sabe lo que es el sacerdote entre los fieles, no hay seguridad de las obligaciones morales, si la oración no tiene valor ni tampoco la Escritura, ¿qué hay de Cristianismo, de Revelación cristiana? Comprendemos que el Papa se sienta impelido a excitar el celo de los obispos, guardianes de la Fe, escogidos para ser auténticos Pastores que apacienten con cariño, desvelo y firmeza, las ovejas del divino Pastor de las almas.

Empeño por construir una nueva Iglesia psicológica y sociológica

Tanto más, cuanto la exhortación del Santo Padre deja entrever que hay una verdadera conspiración para demoler la Iglesia. Y lo que se deduce de la continuación del texto que antecede, en el que el Pontífice alude a las dudas, ambigüedades e incertidumbres en la ex-

posición positiva del dogma, sùmase el silencio “sobre ciertos misterios fundamentales del Cristianismo” y la “tendencia para construir un nuevo cristianismo a partir de datos psicológicos y sociológicos” con lo cual “la vida cristiana estaría desprovista de elementos religiosos” (ibíd. pág. 99).

II. OCASIONES Y CAUSAS DE LA ACTUAL CRISIS RELIGIOSA

¿Cómo fue posible llegar a este estado de cosas? Pablo VI hace a propósito de esto dos consideraciones.

La primera, sobre la finalidad especial que el Papa Juan XXIII propuso al II Concilio Vaticano, como aparece claramente en la alocución con que se abrió la primera Sesión del gran Sínodo: “**Impónese que, correspondiendo a los vivos deseos de aquellos que se hallan en actitud de sincera adhesión a todo lo que es cristiano, católico y apostólico, esta doctrina [cristiana] sea más amplia y profundamente conocida y que las almas sean por ella impregnadas y transformadas. Es necesario que esta doctrina, cierta e inmutable y que ha de ser respetada fielmente, sea profundizada y presentada de modo que satisfaga las exigencias de nuestra época**” (ibíd. pág. 101).

Debería el Concilio, y, en consecuencia, el Magisterio Eclesiástico, así como el concurso de los teólogos, juntar las dos cosas: transmitir sin engaño ni disminución la doctrina revelada; y hacer un esfuerzo para presentarla de modo que pueda ser recibida, íntegra y pura, por los hombres de nuestro tiempo. Entiéndase, por los hombres de espíritu recto, “**aquellos que se hallan en actitud de adhesión a todo lo que es cristiano, católico y apostólico**” como dice Juan XXIII, por lo tanto para los hombres realmente deseosos de llegar a la verdad; pues a los que prefieren las máximas de este mundo, y por eso, rechazan la cruz de Cristo, aplícanse las palabras de San Pablo: es imposible la unión entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad, entre Cristo y Belial” (cf. 2 Cor. 6, 14 s.).

En esto consistía el “aggiornamento” del Papa Roncalli, en su mejor interpretación: una adaptación, una manera de exponer la doctrina católica, en forma que pueda atraer al hombre moderno de espíritu recto.

Tal empeño, nota Pablo VI, y es su segunda observación, no es fácil. Dice: “El magisterio episcopal estaba relativamente facilitado, en una época en que la Iglesia vivía en una estrecha simbiosis con la sociedad de su tiempo, inspiraba su cultura y adoptaba sus modos de expresarse; hoy por el contrario se nos exige un esfuerzo serio para que la doctrina de la Fe conserve la plenitud de su sentido y su alcance, al expresarse en forma capaz de alcanzar el espíritu y el corazón de los hombres a los que se dirige” (ibíd. págs. 101-102).

*Característica de la nueva Iglesia:
la religión del hombre*

Sea por la dificultad de la empresa, o por una concesión al espíritu del tiempo el hecho es que, en la ejecución del plan trazado por el Concilio, en amplios medios eclesiásticos los esfuerzos para la adaptación consistieron en buscar simplemente a la mentalidad contemporánea. En lo que se refiere a la propia sustancia de la Revelación no se ha cuidado de una exposición de la verdad revelada, en términos de que sea mejor entendida por los hombres; se trabaja, por medio de un lenguaje ambiguo y rebuscado, más propiamente, para una nueva Iglesia, a gusto del hombre formado según las máximas del mundo de hoy. Con ello, difúndese, más o menos por todas partes, la idea de que en la Iglesia ha de efectuarse un cambio radical, en su Moral, en su Liturgia, y lo mismo en su Doctrina. En los escritos, como en los procedimientos, aparecidos en medios católicos después del Concilio, incúlcase la tesis de que la Iglesia tradicional, como existía antes del Vaticano II, ya no está a la altura de los tiempos modernos. De manera que la Iglesia debe transformarse totalmente.

En una observación rápida sobre lo que ocurre en los medios católicos, se llega a la persuasión de que, realmente, después del Concilio, existe una nueva Iglesia, distinta de Aquella conocida antes del gran Sínodo, como única Iglesia de Cristo. En efecto, exáltase, como principio absoluto, intangible, la dignidad humana a cuyos derechos han de someterse la Verdad y el Bien. Semejante concepción inaugura la religión del hombre. Oscurece la austeridad cristiana y la bienaventuranza del cielo. En nuestras costumbres, y como principio, olvidan la ascética cristiana y tienen toda indulgencia para el placer, incluso el sensual, una vez que, en la tierra, es donde el hombre ha de buscar su plenitud. En la vida conyugal y familiar la religión del hombre enaltece el amor y sobrepone el placer al deber, justificando con ello los medios anticoncepcionales, disminuyendo la oposición al divorcio, y siendo favorable a la homosexualidad y la coeducación, sin temer la secuela de los desórdenes morales a ella inherente, como consecuencia del pecado original. En la vida pública, la religión del hombre no comprende la Jerarquía, y propugna el igualitarismo propio de la ideología marxista contrario a las enseñanzas naturales y reveladas, que atestiguan la existencia de un orden social exigido por la propia naturaleza. En la vida religiosa, el mismo principio preconiza un ecumenismo que, en beneficio del hombre, funde todas las religiones, preconiza una Iglesia como una sociedad de asistencia social y hace ininteligible lo consagrado, sólo comprensible en una sociedad jerárquica. De ahí, la preocupación excesiva por la promoción social, como si la Iglesia fuese un mero y más vasto organismo de asistencia social. De ahí, igualmente la secularización del clero, cuyo celibato se considera algo absurdo, como tenor de vida sacerdotal singular, íntimamente ligado a su carácter de persona consagrada, exclusiva-

mente al servicio del altar. En Liturgia se rebaja al sacerdote como simple representante del pueblo, y los cambios son tantos y tales que se deja de representar adecuadamente a los ojos de los fieles, la imagen de la Esposa del Cordero, una, santa e inmaculada. Es evidente que la relajación moral y la disolución litúrgica no podrían coexistir con la inmutabilidad del dogma. También estas transformaciones ya indican mudanzas en los conceptos de las verdades reveladas. Una lectura de los nuevos teólogos evidencia, como de hecho sucede en ciertos medios católicos, que las palabras con que se anuncian los misterios de la Fe, envuelven conceptos totalmente diversos de los que constan en la teología tradicional.

Importancia de la filosofía escolástica

La exhortación de Pablo VI habla de la dificultad de obtener la renovación del ropaje, en que se transmitan a los hombres de hoy los misterios de Dios. Y reconoce que fueron las nuevas expresiones de las verdades de la fe que trajeron la angustia, las incertidumbres, ambigüedades y dudas. Fueron los nuevos términos que facultaron a los fautores de una nueva Iglesia, la difusión de una concepción nueva y extraña de la Religión cristiana.

Es de San Pío X la afirmación de que el abandono de la escolástica, especialmente del tomismo, fue una de las causas de las apostasías de los modernistas (encíclica *Pascendi*). Después del Concilio Vaticano II, retorna a los medios católicos el mismo error, la misma ojeriza contra la filosofía que León XIII llama "singular defensa y honra de la Iglesia" (Encíclica *Aeterni Patris*).

De hecho, uno de los sofismas del nuevo cristianismo es acusar de aristotelismo la formulación dogmática tradicional, cuando la Iglesia no debe estar enfeudada en ningún sistema filosófico. Añaden que semejante formulación fue útil y válida en su tiempo, o sea, dentro del ambiente cultural de la Edad Media. Hoy como el medio cultural es totalmente otro, ya no tiene valor. Antes es nociva. Entorpece el progreso de los fieles y es responsable de la descristianización del mundo actual. Si la Iglesia quiere revivir, si quiere conservar su perennidad, debe abandonar las fórmulas antiguas y adoptar otras, de acuerdo con la filosofía de hoy, el pensamiento y la mentalidad contemporáneos. Sólo así realizará el ideal propuesto por Juan XXIII y el Concilio Vaticano II. Y para que no se les tenga como negligentes en su papel de teólogos, pasan a la aplicación de los principios que ellos mismos han establecido y van dando a las verdades reveladas nuevas formulaciones, dentro de la concepción filosófica contemporánea.

La falacia no es nueva. En la antigüedad no hicieron otra cosa los gnósticos que falsearon la Revelación para encuadrarla dentro de la filosofía neoplatónica: en el siglo pasado fue el hegelianismo que

desvirtuó a ciertos teólogos católicos. Los de la nueva Iglesia desean servir al marxismo, existencialismo y demás filosofías antropocéntricas, que pululan en la angustia intelectual, característica de nuestra época.

El vigor del tomismo

El engaño, amados hijos, de los mentores del nuevo cristianismo está en que prescinden de una verdad de sentido común, sin la cual es inexplicable el conocimiento, imposible la ciencia y aun la vida humana. Semejante verdad de sentido común está en la base de toda filosofía, que no sea una mera construcción arbitraria del espíritu. Consiste en la persuasión de que el conocimiento es determinado por el objeto externo. Éste es verdadero cuando aprehende una cosa tal como ella es; y es falso cuando no se ajusta a la realidad. Pueden variar los sistemas filosóficos. Y estos sistemas serán más o menos verdaderos, en la medida en que sus conclusiones se conformen con los principios de sentido común antes mencionados.

En el acatamiento a este principio, encuentra el tomismo todo su vigor. Lo resalta León XIII cuando afirma que el tomismo es una filosofía "sólidamente afirmada en los principios de las cosas" (Encíclica *Aeterni Patris*). O sea, que no es un sistema arbitrario, fruto de la imaginación o especulación subjetiva del filósofo. Muy al contrario, la filosofía tomista inclínase sobre las realidades para aprehenderlas tal como son.

Cuando anuncia sus dogmas, sirviéndose de los términos usuales en la escolástica, la Iglesia no lo hace porque tales expresiones sean de un sistema filosófico particular, sino porque pertenecen a la filosofía de todos los tiempos.

Relativismo religioso y modernismo en los teólogos de la nueva Iglesia

No proceden del mismo modo los teólogos de la nueva Iglesia. No están atentos a las realidades, cuya expresión puede variar con tal, no obstante, que la represente como es en sí misma. Lo que ellos desean es satisfacer la mentalidad moderna. Para ellos, la actualización de la Iglesia está en la adaptación de su doctrina a esa mentalidad. Y como los hombres modernos forman su pensamiento en un ambiente cultural envuelto en las apariencias, en los fenómenos, y, adverso a la metafísica, la Iglesia, para no naufragar, dicen los nuevos teólogos, le es preciso acomodar su doctrina a esta manera de pensar. No se concibe como tal actitud pueda eludir el error modernista, según el cual, los dogmas evolucionan en uno u otro sentido de acuerdo con las necesidades culturales de la época en que se enuncian.

Inmutabilidad y desenvolvimiento de las verdades reveladas

Recordemos que las verdades reveladas se comunican al mundo con el lenguaje humano. Tal lenguaje, si bien inadecuado, no es mero simbolismo; debe decir, objetivamente, lo que es el misterio de Dios, aunque no lo manifieste en su riqueza inagotable. Esta es la razón de que las fórmulas dogmáticas, no pueden evolucionar mudando de significado. La Fe, una vez transmitida, dice S. Judas Tadeo, lo es “una vez por todas” (vers. 3). Es inmutable e invariable. No sufre adiciones, sustracciones, ni alteraciones. Puede esclarecerse, no transformarse. Y como un ser vivo que se desenvuelve y se perfecciona, pero en la misma naturaleza que hace que el individuo sea siempre el mismo.

Importancia de las fórmulas dogmáticas tradicionales

Por eso, es de suma importancia mantener las fórmulas que, constituida la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo, fijaron la Tradición y los Concilios para expresar con exactitud los conceptos revelados. Semejante lenguaje dogmático puede sufrir alteraciones accidentales, pero no ser totalmente modificada.

Ahora, bajo el signo de “aggiornamento”, asistimos, después del Concilio, en varios medios católicos, al menosprecio, tanto de las costumbres como de las fórmulas tradicionales. Ponemos un ejemplo.

El Concilio de Nicea después de años de lucha contra los arrianos, fijó con la palabra **consustancial**, el concepto de unidad de esencia de las Tres Personas Divinas. Hoy, en ciertos medios católicos, ese término es conscientemente abandonado. De ahí la incertidumbre, la duda, que el Papa lamenta sobre el dogma de la Santísima Trinidad y del Divino Salvador. El Concilio de Trento, contra el simbolismo protestante, consagró el vocablo **trasustanciación**, para indicar la mudanza total de la sustancia del pan y de la sustancia del vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Esta palabra nos da la idea de lo que sucede, objetivamente, sobre el altar, en el momento de la consagración en la Santa Misa, y nos asegura la presencia real y sustancial de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, aún después de terminado el Santo Sacrificio. Como término aristotélico que no encaja con las corrientes filosóficas actuales, la palabra **trasustanciación** es rechazada por los teólogos de la nueva Iglesia. Sustituyéndola por otra —“transignificación”, “transfiguración”— dando razón a lo afirmado por el Papa de que se pone en duda el “misterio de la Santísima Eucaristía y la Presencia Real” (ibíd. pág. 99). En el orden práctico elimínanse los signos de adoración, de respeto al Santísimo Sacramento, como la comunión de rodillas, la bendición del Santísimo, la visita al Sagrario, etc.

Subversión doctrinaria

Si la palabra cambia, y no sinónima, naturalmente, también el concepto se modifica. Este es el caso de los nuevos términos de los teólogos “aggiornados” cuya consecuencia es avalar la fe concebida por ellos. Porque con la nueva terminología, de hecho, introducen una nueva religión. Ya no estamos en el Cristianismo auténtico. Porque las innovaciones no se limitan a un trueque de palabras. Van más lejos. En la realidad incitan a una subversión total contra la Iglesia. Como la filosofía moderna sobrestima al hombre, al que hace juez de todas las cosas, la nueva Iglesia establece, como dijimos, la religión del hombre. Elimina todo cuanto pueda significar una imposición a la libertad o una represión a la espontaneidad humana. Desconoce, del mismo modo, la falta original y extingue la noción del pecado. No comprende “el sentido de la renuncia evangélica” (ibíd. pág. 105), y propugna una religión natural a base de las experiencias “psicológicas y sociológicas”.

III. REMEDIO PARA TODO MAL: FIDELIDAD A LA TRADICION

a) *Indicación de Pablo VI*

Como causa del aturdimiento que sufren los fieles, angustiados porque ya no tienen certeza sobre lo que deben creer o sobre cómo han de obrar, Pablo VI indica el abandono de la Tradición. Por lo que, el antídoto a tan profunda crisis de lenguaje, pensamiento y acción, lo encontramos en la fidelidad a la Tradición.

El documento de Pablo VI insiste sobre este punto, dice el Papa, exigen de nosotros mayor esfuerzo para que “la palabra de Dios llegue a nuestros contemporáneos, en su plenitud, y para que las obras realizadas por Dios les sean presentadas sin adulteración, y con intensidad de amor a la verdad que salva”. Tan amable incumbencia sólo es asequible mediante la fidelidad a la “tradición ininterrumpida que liga [nuestro cristianismo] a la fe de los Apóstoles” (ibíd. pág. 99). Debe, pues, cada obispo, en su diócesis, estar atento para que los nuevos estudios “no lleguen a traicionar nunca la verdad y la continuidad de la doctrina de la Fe” (ibíd. pág. 101). Por lo tanto, todo el trabajo de los teólogos debe ser en el sentido de “fidelidad a la gran corriente de Tradición cristiana” (ibíd. pág. 102), por cuanto “la verdadera teología se apoya sobre la palabra de Dios inseparable de la Sagrada Tradición como sobre un fundamento perenne” (ibíd. pág. 103).

En resumen, Pablo VI sintetiza (ibíd., pág. 18) la norma del Magisterio Eclesiástico en las palabras de San Pablo: “que alguien —aun

cuando sea un Angel bajado del cielo—, os anunciase un Evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gal. 1, 8), y prosigue el Papa: No somos nosotros los que juzgamos la palabra de Dios; es ella la que nos juzga y que pone en evidencia nuestros conformismos mundanos. La flaqueza de los cristianos, aun de aquellos que tienen la misión de rogar no será, jamás, en la Iglesia, motivo para mitigar el carácter absoluto de la palabra. Nunca será lícito mellar el filo de su espada (cfr. Hebr. 4, 12; Apoc. 1, 16; 2, 16). A la Iglesia nunca le será permitido hablar de modo diverso del que Cristo habló, de la santidad, de la virginidad, de la pobreza y de la obediencia (ibíd., pág. 101).

b) *Ejemplo histórico: Nestorio y la Santa Madre de Dios*

Las palabras del Papa no podrían ser más claras, ni más incisivas, como taxativas son las palabras del Apóstol por él citadas. Estas palabras no pasan de ser un eco de la manera de obrar de la Iglesia, bajo el impulso vivificante del Espíritu Santo. Es un hecho muy comentado en toda formación religiosa, lo ocurrido con Nestorio, Patriarca de Constantinopla. Lo transcribimos aquí según lo narra D. Prosper Guéranger, en su conocida obra “El Año Litúrgico”, al comentar la fiesta de S. Cirilo de Alejandría, el día 9 de febrero. “En el mismo año de su elección episcopal, en el día de Navidad del 428, aprovechando la gran multitud que se aglomeraba en la Basílica Catedral, desde lo alto del púlpito, Nestorio pronunció esta blasfemia: María no dio a luz a Dios; su Hijo no era sino un hombre instrumento de la Divinidad. Un estremecimiento de horror embargó a la multitud, y un seglar, Eusebio, levantóse de entre el pueblo y protestó contra tal impiedad. Toda la Historia hasta hoy se regocija con esta actitud. Ella salvó la Fe de Bizancio”.

c) *Norma general*

D. Guéranger da con esto el principio general: “Cuando el Pastor cambiase en lobo, compete al rebaño, en primer lugar, defenderse. Normalmente, sin duda, la doctrina descende de los obispos al pueblo fiel, y los súbditos, en las cosas de Fe, no deben juzgar a sus jefes. Hay, sin embargo, en el tesoro de la Revelación, puntos esenciales cuyo conocimiento necesario y conservación vigilante todo cristiano debe ejercer en virtud de su título de cristiano. Los principios nunca cambian, ya sea que se trate de creencias o de procedimiento, de moral o de dogma. Traiciones como la de Nestorio son raras en la Iglesia; no así los silencios de ciertos Pastores que, por una u otra causa no osan hablar cuando la religión está comprometida. Los verdaderos fieles son los hombres que en estas circunstancias extraen de su Bautismo, la inspiración de una buena conducta; no los pusilánimes que, bajo el pretexto especioso de sumisión a los poderes establecidos, es-

peran, para ahuyentar al enemigo, o para oponerse a sus empresas, un programa que no es necesario, que no les debe ser dado”.

d) *Importancia de la Tradición*

Quisiéramos ilustrar el criterio recordado por Pablo VI, debido a la importancia especial que tiene en los días que corren, como es notorio a quien observa lo que pasa en ciertos medios católicos. Por otra parte, es tal el valor de la Tradición que lo mismo que las encíclicas u otros documentos del magisterio ordinario del Sumo Pontífice, son sólo infalibles en las enseñanzas corroboradas por la Tradición magisterial de varios Papas y por largo espacio de tiempo. De manera que un acto de Magisterio ordinario de un Papa que no estuviese de acuerdo con la enseñanza sancionada por la Tradición magisterial de varios Papas y por espacio notable de tiempo, no debería ser aceptada.

Entre los ejemplos que la Historia aporta de actos semejantes, resalta el de Honorio I. Vivió este Papa en tiempo en que la herejía monotelita hacía estragos en la Iglesia de Oriente. Negando la existencia de dos voluntades en Jesucristo, renovaban los monotelitas el absurdo que Eutiques introdujo en el dogma, cuando pretendía que en Jesucristo había una sola naturaleza, compuesta de naturaleza divina y naturaleza humana. Hábilmente, el Patriarca Sergio de Constantinopla insinuó en el espíritu de Honorio I que la predicación de dos voluntades en el Salvador sólo causaba divisiones en el pueblo fiel. Accediendo a los deseos del Patriarca, que eran también los del emperador, el Papa Honorio prohibió que se hablase de las dos voluntades del Hijo de Dios hecho hombre. No advirtió el Pontífice que su acto dejaba el campo abierto a la difusión de la herejía. Por eso mismo no se le debía prestar atención. Entre los que lamentaron el acto de Honorio I están el VI Concilio Ecuménico que fue el tercero reunido en Constantinopla, y S. León II, Papa, al confirmar aquel Concilio. Entre los que continuaron enseñando las dos voluntades en Jesucristo, está el gran santo San Máximo, llamado el Confesor porque selló con el martirio su fidelidad a la doctrina católica tradicional.

e) *Norma de juicio para las novedades*

Guardemos, pues, con el máximo respeto y atención, el criterio de asentimiento para las novedades que surgen en la Iglesia:

—¿Se ajusta a la Tradición? —Son de buena ley.

—¿No se ajustan, se opone a la Tradición o la diluyen? —No deben ser aceptadas.

Tradición, ciertamente, no inmovilismo. Es crecimiento, pero en la misma línea, en la misma dirección, en el mismo sentido del crecimiento de los seres vivos que se conservan siempre los mismos. Por

eso no se pueden considerar tradicionales formas y costumbres que la Iglesia no incorporó en la exposición de su doctrina o en su disciplina. La tendencia en este sentido fue llamada por Pío XII "reprobable arqueologismo" (Encíclica *Mediator Dei*). Señalado esto, tomemos como norma el siguiente principio: cuando es visible que las novedades se apartan de la doctrina tradicional, es cierto que no deben ser admitidas.

Varios modos de corromper la tradición

La Tradición puede ser corrompida por varios modos. Entre ellos hay una escala que va de la oposición abierta al desvío casi imperceptible. Ejemplo de oposición clara la tenemos en las actitudes tomadas por teólogos y hasta por Autoridades Eclesiásticas rechazando la Encíclica *Humanae Vitae*. De hecho, el acto de Pablo VI declarando ilícito el uso de los anticonceptivos, responde a una tradición ininterrumpida del Magisterio Eclesiástico. No aceptarlo enseñando lo opuesto a lo que la Encíclica prescribe, o aconsejando prácticas en ella condenadas, constituye un ejemplo típico de negación a una enseñanza tradicional.

Más sinuosa es la falacia cuando se hiere la Tradición, a través de elucubraciones dogmáticas que, sin negar los términos tradicionales, de hecho son incompatibles con los datos revelados; por ejemplo, continuar haciendo profesión de fe en el misterio de la Santísima Trinidad, pero sustituir sistemáticamente el término **consustancial** por otro que no tiene el mismo significado, como la palabra **naturaleza**.

Hay igualmente desviaciones hacia la herejía, en las deducciones que amplían el contenido de las premisas. Así, al declarar que en virtud de la colegialidad, el Papa no puede resolver sin oír al Colegio Episcopal, es caer en el conciliarismo que es subversivo en la Iglesia de Cristo.

Más sutiles son todavía los nuevos usos, especialmente en liturgia que subrogan a los antiguos, y que no sólo no están dotados de la misma riqueza, sino que insinúan otros conceptos religiosos. En Nuestra Pastoral de 19 de marzo de 1966, destacamos la importancia que tienen los usos y costumbres, tanto para enfervorizar la fe, como en el sentido contrario cuando solapadamente se introducen procedimientos o conceptos erróneos sobre las verdades reveladas.

Evidentemente no es la misma la responsabilidad personal que se tiene en esas varias maneras que se tiene de combatir la Tradición. En las circunstancias actuales, sin embargo, todas ellas ofrecen peligro para la fe y tal vez más aquellas que menos aparecen como opuestas a la Iglesia tradicional. Síguese que se nos pide rigurosa vigilancia, no vayamos a asimilar veneno medio inconscientemente. Si hay gente de buena fe que, por ignorancia o ingenuidad, en las novedades que va aceptando busca sólo una nueva expresión de verdadera Iglesia, hay también, y sobre todo, la astucia del demonio, que se sirve de esas mismas intenciones para arrancar a los fieles de la ortodoxia católica.

Los falsos profetas y los nuevos catecismos

En la exhortación Apostólica que sugiere estas consideraciones, insiste el Papa sobre la acción de los falsos doctores, que, viviendo en medio del pueblo de Dios, corrompen la Fe y la Religión. Así, dice que es **"para Nosotros, obispos"** aquella advertencia que se encuentra en S. Pablo: **"vendrá tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina de salvación llevados de sus propias pasiones y en el prurito de escuchar novedades buscarán maestros según su concupiscencias. Apartarán los oídos de la verdad y se volverán a las fábulas"** (2 Tim. 4, 3-4) y más adelante, vuelve Pablo VI al mismo toque de alarma con las palabras del Apóstol: **"de en medio de nosotros mismos, como ya sucedía en los tiempos de San Pablo, surgirán hombres para enseñar cosas perversas para arrastrar a los discípulos tras de sí"** (Actos. 20, 30) (ibíd. pág. 105).

Cuando los enemigos están dentro de casa, como denuncia aquí el Papa, es sumamente necio redoblar la vigilancia. En la actual crisis que hay en la Iglesia, podemos decir que nuestra salvación está condicionada al empeño en utilizar todos los medios que preserven la integridad de nuestra Fe. Por lo tanto, hoy es necesaria mayor atención para evitar las celadas armadas ya contra la autenticidad de nuestro Cristianismo.

En nuestra instrucción Pastoral sobre la Iglesia, de 2 de mayo de 1965, fundamentábamos parecida advertencia, mostrando como el espíritu modernista, infiltrado en los medios católicos, introduce entre los fieles el relativismo y el naturalismo religiosos, subvierte el dogma y la moral revelados. La difusión de este espíritu incumbe, actualmente, a los nuevos Catecismos. Sobre estos Catecismos tenemos el deber de llamar vuestra atención, amados hijos, sobre esas obras de enseñanza y formación religiosa, que bajo el título de fe para adultos o para el hombre moderno, destruyen la doctrina tradicional, ya por el silencio, ya por omisiones, ya de manera positiva por conceptos contrarios a la verdadera enseñanza de la Iglesia. Los nuevos Catecismos son el medio de inocular en la mente de los fieles la nueva religión, en consonancia con las corrientes evolucionistas y racionalistas del pensamiento moderno.

No formulamos ningún juicio sobre las intenciones de los autores de los nuevos Catecismos. No nos olvidemos entretanto de que, el **"hombre enemigo"**, o sea, el demonio, que todo lo hace para perder a las almas, se aprovecha de las perturbaciones causadas en la Iglesia por los pruritos de novedades, y por las mismas insinúa los sofismas con que corrompe la fe y pervierte las costumbres. Siendo como son los catecismos instrumento para formar, en la Religión, las nuevas generaciones, sería ingenuo pensar que el ángel de las tinieblas no procurase servirse de ellos para realizar su obra siniestra. De hecho, pues, objetivamente, los nuevos Catecismos deben ser colocados entre los fautores de autodemolición de la Iglesia, de que habla el Papa.

Nunca está de más subrayar la importancia del Catecismo. Y, en consecuencia nunca será excesivo alertar a los fieles contra los textos de Catecismo que subvierten la Religión de Nuestro Señor Jesucristo.

IV. LA PROFESION DE FE EN LAS PRACTICAS LITURGICAS Y RELIGIOSAS

En su exhortación Apostólica Pablo VI, apela a la conciencia de los Obispos para que la doctrina sea transmitida pura, no sólo en la enseñanza sino como ejemplo que ha de vivificar las palabras.

Refiere el Papa a los auxiliares de los Obispos en la difusión de la doctrina. Su afirmación por lo tanto comprende la interpretación más amplia, toda vez que con nuestros actos piadosos, hacemos viva profesión de nuestra fe. En otras palabras: lo que creemos con la inteligencia es lo que realizamos en nuestra vida católica, especialmente en las prácticas religiosas. En sentido inverso, es por los actos cotidianos que, o alimentamos nuestra fe, o la entibiamos, según que nuestro procedimiento esté de acuerdo con lo que creemos, o se aparte de ello.

Y, ahí tenéis, amados hijos, toda la importancia de las prácticas tradicionales. Nutrióse con ellas la fe de las generaciones pasadas, que, con sus ejemplos nos transmitieron el amor a Jesucristo, a su doctrina y a sus preceptos. Ellas fortificarán, hoy también, nuestra fe, y nos darán las energías para seguir el ejemplo de nuestros hermanos que nos precedieron en el santo temor de Dios. En este mismo orden de ideas hemos de precaveros amados hijos, contra las prácticas religiosas, en las que o se encarna el espíritu de la nueva Iglesia, o se diluye el alcance y significado de los misterios revelados. Trátándose de una cuestión capital, que interesa a la salvación eterna. recomendamos vivamente a nuestros amadísimos hijos, que se mantengan fieles a los ejercicios ascéticos recomendados por la Iglesia: meditación, examen de conciencia, actos de mortificación, visitas al Santísimo, confesión y comunión frecuente, oración continua, y, de un modo especial, el rezo cotidiano del Rosario de Nuestra Señora.

El culto a la Santísima Eucaristía

De modo particular, nuevamente recordamos a nuestros amados hijos, la reverencia que, tradicionalmente, se debe a la Santísima Eucaristía, reverencia con la que hacemos profesión de fe en la presencia real y sustancial de Dios humanado en el Sacramento del Altar. De acuerdo con la costumbre tradicional que, siguiendo a la Sagrada Congregación del Culto Divino, donde existe, debe ser conservado, reciban los fieles, la sagrada comunión siempre de rodillas, y las mujeres y las

jóvenes con la cabeza cubierta, y jamás se aproximen a los Santos Sacramentos con vestidos que desdigan del respeto y reverencia hacia las cosas sagradas.

Desacralización

Tengamos siempre todo el respeto por los lugares sagrados. Una de las características de la Iglesia nueva es la desacralización. Ella condena los edificios propios para el culto y desea que la religión se disuelva en la vida común del individuo. Alegando que todo es sagrado, en realidad lo quiere convertir todo en profano. Jesucristo atendía mucho a la distinción entre lo sagrado y profano. Comentando el texto de San Juan en que el Divino Maestro expulsó del Templo a los vendedores, declara S. Agustín que el mal no consistía en que vendían animales porque se vende lícitamente lo que lícitamente se ofrecía en el Templo, el mal estaba en que la venta se hacía por mero interés, en un lugar sagrado, que de sí estaba destinado a la oración y el culto divino (cf. en Jo. tr. X).

Protección y mediación de María Santísima

Aludimos, amados hijos, a algunas prácticas, a través de las cuales se procura instaurar en la Iglesia un cristianismo nuevo, diferente del que Jesucristo vino a traer a la tierra. En nuestra Pastoral de 19 de marzo de 1966, sobre la aplicación de los documentos conciliares, hacíamos resaltar el gran peligro que de tales prácticas se origina para la fe, intoxicadas, como están, por la herejía que se encuentra difundida en la convivencia con la mentalidad relativista del mundo moderno. Y la situación es tan grave, el mal tan profundo, que hoy, más que en los tiempos pasados, es necesario apelar a los medios sobrenaturales de la gracia. Por nosotros mismos somos incapaces de resistir la ola levantada por los falsos profetas, o por lo menos apagarla para que las almas puedan continuar serenamente en el camino de imitación al Divino Salvador.

Recurramos, pues, a la oración, y especialmente a la devoción a María Santísima, Nuestra Señora.

La tradición es unánime en presentarla como Mediadora de todas las gracias, como Madre amantísima de los cristianos, empeñada en la salvación de sus hijos, e interesada en la integridad de la Obra de su divino Hijo. En las situaciones difíciles en que se ha encontrado, la Iglesia nos ha acostumbrado a suplicar el valioso y eficaz auxilio de la Madre de Dios, sea para combatir las herejías, sea para impedir que el yugo de los infieles pesase sobre los cristianos. Podemos decir que la Iglesia jamás se vio en una crisis tan radical, como la que hoy ataca sus fundamentos desde sus primeros cimientos. Es señal de que la protección de María Santísima se hace más necesaria.

A nosotros compete hacerla realidad con nuestras súplicas a la Santa Madre de Dios. En este sentido renovamos la exhortación que hicimos de rezar cada día una parte del Santo Rosario, cuya validez aumentaremos con la imitación de aquellas virtudes de las que la Virgen nos da ejemplo: la modestia, el recato, la pureza, la humildad del espíritu de mortificación en la renuncia de nosotros mismos, y la caridad con que, con el buen ejemplo, como discípulos de Cristo **“impregnemos de su espíritu la mentalidad, las costumbres, y la vida de la ciudad terrena”** (ibíd. página 105). Confiamos que la protección de la Santa Madre de Dios nos conservará la fidelidad a la Tradición en nuestra profesión de fe, y en nuestras prácticas religiosas, así como en los hábitos de nuestra vida católica.

Seguro de que tan excelsa protección, jamás nos faltará, enviamos a nuestros celosos cooperadores y amados hijos, nuestra cordial bendición pastoral en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en nuestra episcopal ciudad de Campos, bajo nuestro sello y nuestras armas a once días del mes de abril del año mil novecientos setenta y uno en la Santa Pascua del Señor.

† ANTONIO, Obispo de Campos

MENSAJE A TODOS LOS CRISTIANOS DE LOS PAISES LIBRES

Tal es el difundido por un grupo de Obispos de la Iglesia Ortodoxa Rusa, libre —no católica—, reunidos en Frankfurt am Main el 26 y 27 de junio de 1971:

De Rusia nos llegan noticias terribles: el Gobierno ateo, convencido de la imposibilidad de crear por medio de la propaganda el “homo sovieticus” sometido por el terror a los dictadores, envía a los defensores de la fe y a los otros ciudadanos que defienden el derecho de pensar de un modo diferente que el Partido, a los que se llama “hospitales psiquiátricos especiales”. Allí son sometidos a la acción de drogas farmacéuticas que les convierten en simples de espíritu, incapaces de resistir ni de defender su fe; les reducen a la impotencia.

El profesor de matemáticas Vasili Ivanovitch Tchernitchev, que está encerrado en el hospital psiquiátrico especial de Leningrado, escribe:

“No tengo miedo de la muerte y prefiero que se me fusile. ¡Es repugnante y terrible pensar que ensuciarán y aplastarán mi alma!... El hombre pierde aquí su individualidad, su espíritu se diluye, sus facultades emotivas se destruyen, su memoria desaparece. Pero lo más terrible del tratamiento es que hace desaparecer todo lo que constituye el carácter personal propio. Es la muerte de la creatividad. Los que están sometidos a la acción de la aminazina no pueden ni leer después de asimilarla; se convierten intelectualmente en seres nulos y primitivos.”

V. I. Tchernitchev afirma que en este “hospital” languidece desde hace veinticinco años N. I. Broslavsky, un hombre que estaba en buena salud. Le ofrecen la libertad a cambio de su fe.

En Occidente se acaba de recibir, enviado clandestinamente de Rusia, el relato “Los recuerdos de la casa roja”, escrito en los “hospitales” de Moscú por Guenadi Mikhailovitch Chimanov. Chimanov prevé que después del “tratamiento” al que está sometido saldrá del hospital para volver a su casa “idiotizado, tembloroso y sacudido por una risa nerviosa”.

“¡Hay un progreso! —dirá el médico de cabecera—: ya no cree en Dios”. “Es verdad que reflexiona poco y su lengua se mueve con dificultad; pero antes su lógica era sólo exterior, en realidad deliraba”.

A pesar de todo, Chimanov confiesa:

“¡Que la voluntad del Señor se haga en todas las cosas!... Que me conviertan en loco o que me dejen la razón; todo es bueno y maravilloso bajo el cielo del Todopoderoso. Yo acepto todo lo que me

envía Dios; acepto todo, como un niño en las manos de su padre: la dulzura, el dolor y la locura, y la luz o las tinieblas, todo mal y todo bien. . .”

Se conocen “hospitales psiquiátricos especiales” en Kazan, en Gitchevka (provincia de Smolensk), en Leningrado, Tcherniakhovsk, Minsk, Dniepropetrovsk y Orel. Existen seguramente también en otros lugares. En muchos hospitales psiquiátricos generales existen también servicios especiales para “curar” a los no conformistas o a los que tienen fe en Dios.

En el extranjero se han hecho públicos los nombres de más de sesenta personas víctimas de estos tratamientos.

El Patriarcado de Moscú, reconocido y controlado por el poder ateo, guarda silencio.

Nosotros, obispos libres de la Iglesia Rusa Ortodoxa, no podemos callar. Alejandro Soljenitsine ha llamado a la reclusión de personas sanas en estos hospitales psiquiátricos “una variante de las cámaras de gas”.

Llamamos a la conciencia del mundo en nombre de la Iglesia Ortodoxa Rusa y en nombre de nuestro pueblo sufrido y perseguido.

Condenad los crímenes comunistas contra la humanidad, del mismo modo que habéis condenado los del nacional-socialismo.

Haced presión sobre los criminales.

Forzad a los Gobiernos de los países libres, a las organizaciones internacionales, a la prensa, a la televisión, a la radio, a tomar la defensa de estas personas mutiladas por médicos-verdugos.

Orad por vuestros hermanos perseguidos.

- **Filareto**, Metropolitano de Nueva York y de América Central.
- Arzobispo **Filoteo**, administrador de la diócesis de Berlín y Alemania.
- **Antonio**, Arzobispo de Ginebra y de Europa occidental.
- Obispo **Natanael**, Superior del Monasterio de San Job de Potchaev, en Munich.
- **Jacobo**, Obispo de La Haya, Jefe de la Misión Ortodoxa en Holanda.
- **Pablo**, Obispo de Stuttgart.

ADHESIÓN DE SEMINARISTAS AL CELIBATO SACERDOTAL

Nosotros, los abajo firmantes, seminaristas argentinos, fieles al Evangelio y al Magisterio de la Iglesia, y en comunión con tantos admirables sacerdotes en quienes vive el santo amor al celibato y a la ley que lo rige en la Iglesia, declaramos:

1. Queremos ser sacerdotes semejantes a Cristo, totalmente entregados a Dios y a la extensión de su Reino.

2. Para ello, anhelamos identificarnos con El, que quiso ser virgen y nacer de una Madre Virgen, practicando la castidad perfecta y sin dividir nuestro corazón. "Yo os querría libres de cuidados —recomienda San Pablo—. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se ocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y así está dividido" (1 Corintios, 7, 32-34). En lo cual somos fieles a la enseñanza del mismo Jesucristo (cf. Mateo, 19,12).

3. Asimismo adherimos plenamente a la declaración del Concilio Ecuménico Vaticano II, según la cual el celibato es "emblema y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo" (Presbyterorum Ordinis, nº 16).

4. Valoramos, pues, este tesoro del celibato sacerdotal, testimonio de resurrección, transmitido de generación en generación; nos sentimos honrados y gozosos al comprometernos de por vida, y queremos entregar intacta esta joya, como se entrega una antorcha, a los sacerdotes elegidos por Cristo que nos sucederán a lo largo de los siglos.

Más allá de toda esperanza humana y confortados con la esperanza divina, confiamos en que el Señor Omnipotente nos dará fuerzas para ratificar en los hechos ésta nuestra vocación, que es de amor, de servicio y de fidelidad al Dios que alegra nuestra juventud.

Las firmas que siguen pertenecen a un grupo de seminaristas que cursan sus estudios eclesiásticos en el Seminario de Rosario:

Ricardo J. Aued (diócesis de San Martín); **Luis A. Yetano** (Agustino Recoleta); **Jorge E. Perrone** (diócesis de San Martín); **Ramiro J. Sáenz** (arquidiócesis de Mendoza); **Raúl G. Parodi** (arquidiócesis de Rosario); **Ariel D. Busso** (diócesis de San Nicolás); **Antonio F. Mathet** (arquidiócesis de Rosario); **Carlos M. Buela** (diócesis de San Martín); **Fortunato F. Lo Presti** (arquidiócesis de Rosario); **Pedro Bado** (arquidiócesis de Mendoza).

Se reciben adhesiones de aspirantes al sacerdocio.

Dirigirse al seminarista Raúl Parodi,

Buenos Aires 789, Rosario.

ÍNDICE

Siempre obedecer	1
S. E. R. Mons. Alfonso M. Buteler: ¿Consigna de silencio?	4
Alberto García Vieyra, O.P.: Un faraón en la Iglesia: San Pacomio	6
Julio Garrido: La matemática moderna y la reforma de la enseñanza	16
Clara San Miguel: De la sinceridad como máscara ..	19
Félix Lorenzo: ¿Extremista, Pablo de Tarso?	22
Luis F. Gattó: Enfermo grave: por favor, silencio ..	27
Víctor Eduardo Ordóñez: La enseñanza uruguaya ..	29
Vicente María Gonzalo Massot: Satanás, ¿Mito o realidad?	32
M. Carmona: Las ovejas abandonadas	37
Mons. Miguel Torres: Las modas y la moral	38
Padre Werenfried van Straaten: La Cruz, el culto y la pobreza	40
Confesión de un sacerdote alemán	42
<i>Documentos</i>	
Habla el Cardenal Slipyj	44
S. E. R. Mons. Antonio de Castro Mayer: Aggiornamento y tradición	46
Mensaje a todos los cristianos de los países libres ..	61
Adhesión de seminaristas al celibato sacerdotal	63

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 2,50

URUGUAY: \$ 200.— OTROS PAISES u\$s. 1.—

SUSCRIPCIÓN ANUAL

	Argentina	Uruguay	Exterior
Ordinaria	\$ 12.—	1.000.—	u\$s. 4.—
De ayuda	„ 60.—	4.500.—	„ 20.—
De benefactor	„ 300.—	18.000.—	„ 80.—

Cheques y giros a nombre de ROMA, Pacheco de Melo 2199, Buenos Aires